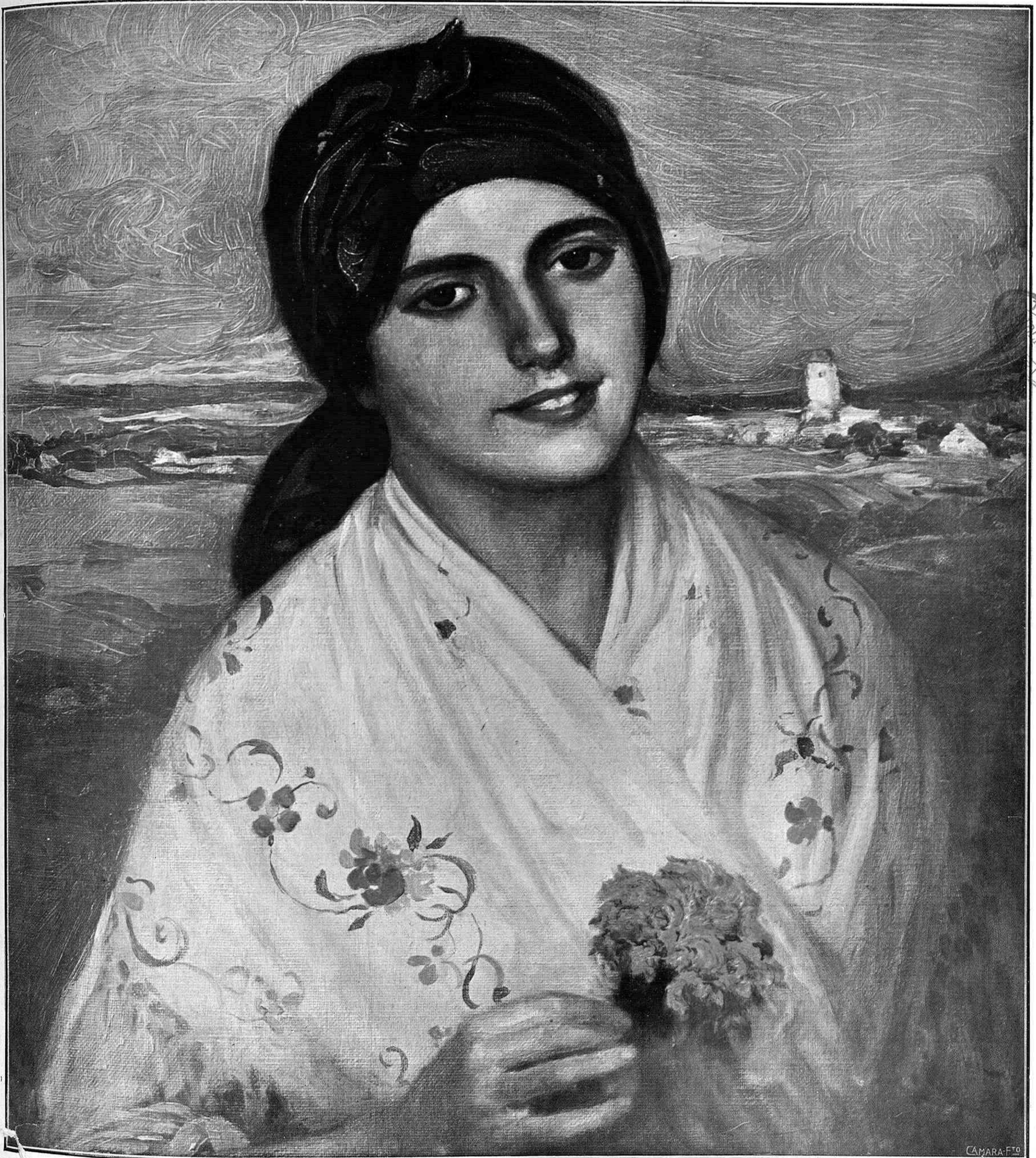


La Esfera

18 Noviembre 1916

Año III.—Núm. 151

ILUSTRACION MUNDIAL



MUCHACHA MURCIANA, cuadro de I. Medina Vera

DE LA VIDA
QUE PASA:



"LA MUJER MUERTA"

CASI por frente á la vivienda donde convallezco de mis males físicos y reconforto mi ánimo para entablar la próxima lucha literaria, alzáse un monte, al que llaman los naturales de esta serranía «La mujer muerta».

Visto á distancia, sobre todo en los días de niebla, que desdibujan y fantasean toda lineación, sí tiene el monte apariencias de un cuerpo muerto de mujer, tumbado boca arriba, con las manos puestas en cruz debajo de los pechos.

Es gigantesca la figura. En las noches lunares adquiere espectrales contornos. Tal vez en una de esas noches la imaginación romántica de algún serrano forjó la leyenda que paso á referir.

ooo

Fué allá hace mucho tiempo; por cientos se cuentan los años. Aún era dueño el moro del entonces famoso *Margerit* y no escaseaban los combates entre los cristianos y los árabes en los riscos de esta serranía hosca.

Dos hermanos, afamados guerreros de Alfonso, el conquistador de Madrid, tenían á su guarda dos atalayas, situadas en los altos de la montaña, para vigilar los avances del moro hacia la tierra del cristiano y proteger las razzias del cristiano en las tierras del moro.

Entre las dos torres, y equidistante de ellas, alzabase una, entre mansión señorial y casa labradora, habitada por la castellana más linda que soñaron los troveros del Guádarrama.

Era negra su cabellera, que en dos largas trenzas le caía al largo de la espalda; endrinos sus ojos, donde se reflejaba la misteriosa y honda melancolía de los crepúsculos montañeses; graciosa su nariz, más conforme que con los cánones severos de la estatuaria griega con los sensuales cánones que implantaran en sus versos regocijados el Arcipreste y el poeta marqués.

La boca de la castellana era pequeña, de labios carnosos, siempre entreabiertos, para descubrir la nieve de los dientes. Redonda la barba; su garganta traía á las mientes la torre de marfil de que nos habla el gran poeta erótico que parió el *Cantar de los Cantares*; esbelto el cuerpo, sin

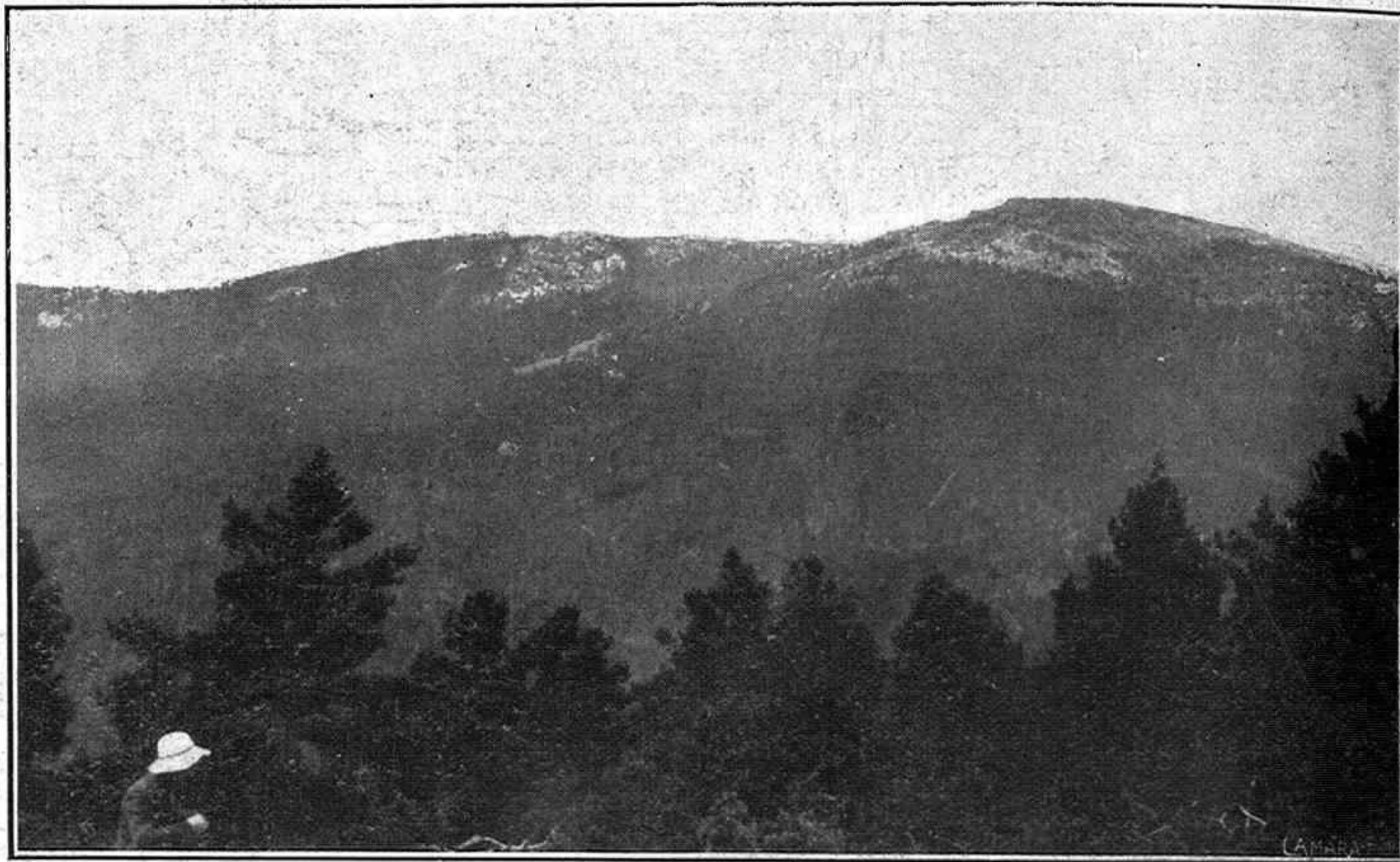
La doncella, más cauta, más previsora que sus galanes, guiada por ese maravilloso instinto que en lances de amor otorga siempre superioridad á la mujer, acogía el galanteo de los hermanos sin dar preferencia á ninguno, procurando conducir á terreno de amigos á quienes ambicionaban el título de amante primero y de esposo después.

Y pasaron los días y las semanas y los meses; y llegó una hora en que los hermanos se contemplaron como enemigos implacables, pen-

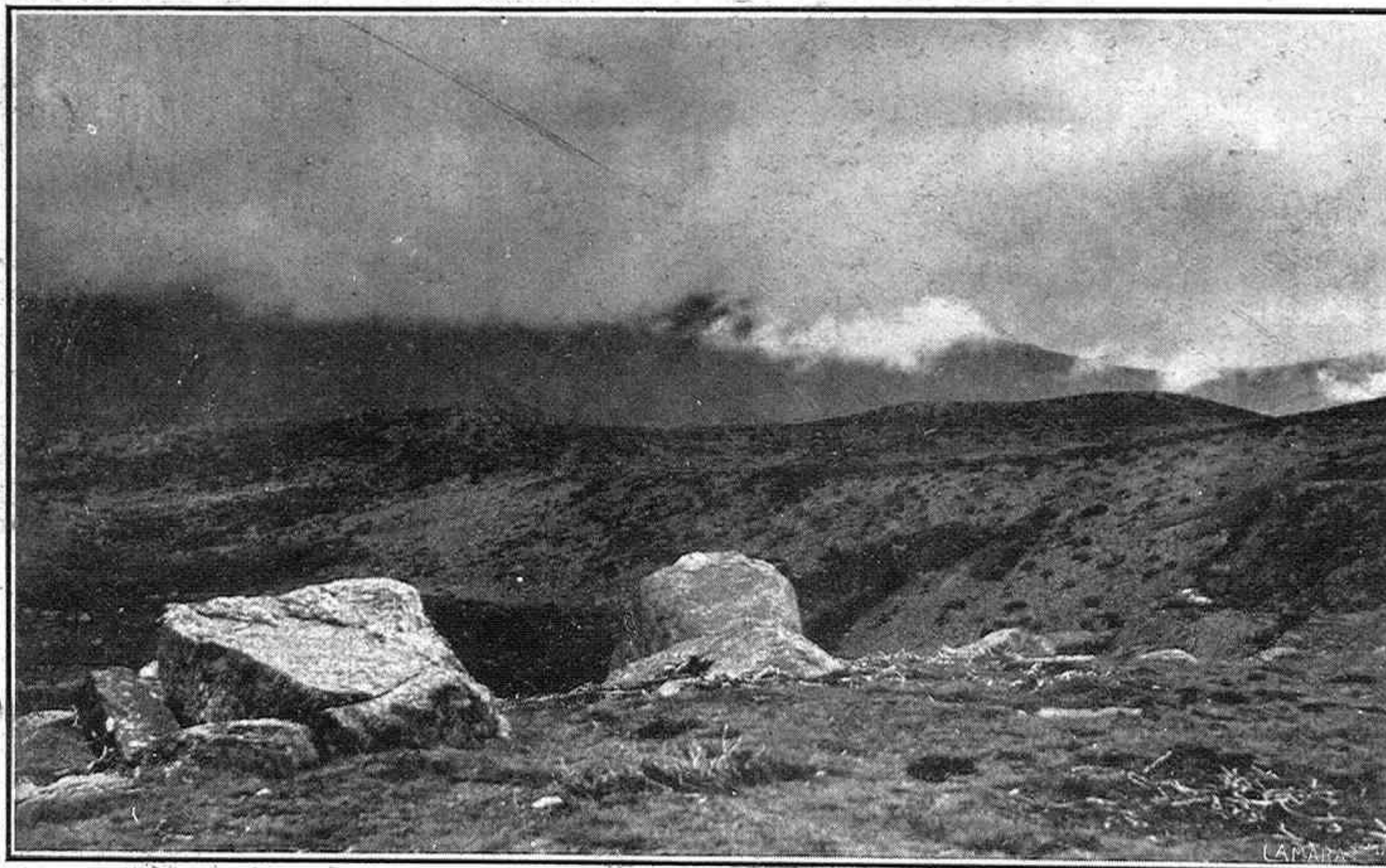
—Tienes razón—repuso el otro—, la Biblia sólo pudo hacer un Caín; la pasión siempre podrá hacer dos. Te odio; necesito de tu muerte como del aire. Hoy es noche de luna; á su promedio acude con espada y puñal á la casa de Estrella. Quede uno de los dos allí. Poséala el otro.

ooo

La luna acaricia montes y valles con suavísimos besos de luz; manso va el aire entre hojas



Cresta de la sierra de Guádarrama, denominada "La mujer muerta"



Paisaje visto desde "La mujer muerta"

FOTS. CONRADO PALACIOS

flacuras; amplia la cadera; breves los pies y las manos blancas, con esa blancura nacarada de las margaritas silvestres.

No vale decir que tan hermosísima mujer era admiración de labriegos, codicia de señores y, para desgracia de ella y de los hermanos guerreros, prenda adorada y apetecida por los dos.

Dieron ambos en requebrar á la doncella. Hacíanlo, al principio, sin enojo por parte de ninguno, creyendo, ¡oh, inocencia de aquellos cándidos caballeros feudales!, que cuando la castellana hiciera recaer su elección en éste ó en el otro, el desdénado se conformaría, dedicándose á contemplar y á gozarse en la dicha de los amadores felices.

sando, cada cual por su parte, que el uno era estorbo del otro; que éste ó aquél debía sucumbir en beneficio de la felicidad del superviviente.

Por espacio de mucho tiempo guardaron la idea terrible, la intención fratricida, en el fondo de sus conciencias; pero advino un día en que uno de ellos, enloquecido por la pasión y por los celos, habló, habló con voz ronca donde palpitaban todos los odios.

—En tanto que los dos vivamos—murmuró— Estrella por ninguno ha de decidirse. Teme los despechos y rencoros del desdénado. Preciso es que le dejemos libre el camino. Además, ya no somos hermanos, somos rivales hambrientos de sangre y de amor.

y hierbas. Los arroyuelos resbalan por sus cauces con música de serenata.

Al mismo tiempo dos hombres dan rostro á la casa de Estrella.

No hablan; se desciñen los mantos; arrojan las gorras por tierra y empuñan los aceros.

El combate es feroz, empeñado, propio á hombres que ganaron fama de diestros entre los campeadores más bravos. Indecisa está la pelea; aún no brotó sangre; tan hábiles son en parar los golpes como rápidos en dirigirlos...

Al choque de los aceros la doncella despierta. Con el cabello suelto sobre la espalda abre la reja de su cuarto.

Al contemplar la escena, al reconocer á sus adoradores á la claridad de la luna, sale de su casa, se encamina al sitio del combate y exclama, dirigiéndose á los dos hermanos con las manos tendidas:

—¡Oh, no! ¡No! ¡Por mí, nunca! ¡Sois hermanos!... ¡Sería horrible! ¡Horrible!...

—¡Aparta! ¡Déjanos! ¡El que sobre, que muera! Ella trata de interponerse. Lo hace. No la ven ellos en su furia y los puñales de los dos se hunden en el corazón de la hermosa.

Cae ésta y ellos, enloquecidos por el dolor y por la rabia, exclaman:

—¡No importa! ¡El que sobreviva la poseerá muerta!

Van á recomenzar la lucha; las espadas vibran en el aire; los puñales relumbran, prontos al golpe fratricida.

En tal momento, el cuerpo de la doncella empieza á crecer, á extenderse, á elevarse entre los hermanos.

Ya no es una mujer. Es un gigantesco fantasma que sube y se endurece hasta tornarse de granito, hasta separar con la enormidad de su mole á los dos Caínes.

Al crecer no pierde su forma, sigue siendo la asesinada por amor, tendida á todo el largo de su imagen, con las blancas manos de azucena hechas cruz sobre el pecho...

Ahí tenéis la leyenda de «La mujer muerta» según la cuentan los serranos.

JOAQUÍN DICENTA

LA ESFERA
LAS JOYAS DE LA PINTURA



“Los desposorios de Santa Catalina”, cuadro de Van Dyck, que se conserva en el castillo de Windsor (Inglaterra)

Es en la colección real de Windsor donde se conserva mayor número de obras del gran pintor flamenco de la Corte de Carlos I.

Allí existen los mejores retratos de la serie tan admirable, tan plena de supremas elegancias que dejó el discípulo y rival de Rubens. En una de las salas solamente pueden verse veintidós lienzos de Van Dyck. A esta colección espléndida, verdaderamente regia, pertenece el cuadro de asunto religioso titulado *Los desposorios de Santa Catalina*.

Fue pintado por Van Dyck en el período de su estancia en Inglaterra, adonde se trasladó el año 1632, aconsejado por el conde de Brundel.

Respira este cuadro, por tantos conceptos notabilísimo, ese ambiente

de ternura y delicadeza que caracteriza toda la obra del maestro flamenco. Dulcemente sigue el arabesco de las líneas una armonía elegante y dentro de ella los tonos y medios tonos construyen el cromatismo de rojos, azules y verdes pomposos que Van Dyck aprendió y aun superó de la técnica de Rubens. Y no faltan tampoco los grises diáfanos, inalterables, las sabias veladuras...

Y por encima de estas bellezas técnicas, triunfa el sentimiento religioso que hizo de Antonio Van Dyck uno de los más extraordinarios maestros del género y una de las más relevantes figuras de la tan portentosa escuela flamenco.

ARTE MODERNO



LA MADRINA, cuadro de Medina Vera



Nostalgia de nostalgias

TENIA nostalgia de tener nostalgias. A la caída de la tarde, en la terraza donde contemplativos y soñadores llegáis casi á un espasmo agónico por la intensidad de la alucinación de vuestro espíritu ante el crepúsculo, ninguna pena hay que no pudiese convertirse en caricia del alma, menos la nostalgia de tener nostalgias, horrendo síntoma revelador de que el pasado ha sido un yermo y nada se espera del porvenir, pues si no habría nostalgias del futuro, que se parecen á las ilusiones como las palomas que solo varían en suaves tornasoles del cuello.

Y lo más doloroso está en que aquella muchacha de la nostalgia de nostalgias, dejábalas profundas y ardientes en quien alcanzaba á conocerla, á oír su voz de sonido suprahumano, comparable al halo de resplandor de lucero que rodea la testa de los santos varones, á sentirse traspasado por su mirada demasiado misteriosa aunque expresiva en sus ojeras de carbón, á recrearse en la armonía de su paso musical.

Era aquella muchacha la eterna doncella española, sacrificada á nuestras costumbres que llamamos morunas por eufemismo, que deberían simplemente denominarse bárbaras y cobardes á un tiempo.

Ya no quedan en el mundo los esclavos ne-

gros, el ébano vivo. Ya solo hay las esclavas de color de rosa. Y se equivocan sus confiados dueños al creer en la resignación de sus víctimas.

Primeramente se dieron cuenta las siervas de que tenían alma. Ahora es un temblor unánime en unos millares de almas, presaga de la victoriosa rebelión. Y no se trata, como en los demás países, de adquirir los derechos del hombre en perfecta ciudadanía, sino los de la mujer de los demás países, y principalmente la libertad, un poco de libertad.

Hasta el instante supremo y redentor, van deslizándose escamoteos, fugas, burlas al tirano. Acaece con la mujer española—nos referimos á las generaciones nuevas—lo mismo que con los espontáneos habitantes de tierras vírgenes: un pequeño sorbo del alcohol que contiene la cantimplora del explorador, basta para embriagarlos, con ser tan fuertes que luchan á brazo partido con las fieras. Un niño europeo resiste mejor la prueba del ajeno que un pielroja.

Se halla la explicación en que el infante civilizado nace ya con una herencia alcohólica, en tanto el salvaje conserva intacta la sensibilidad y responde con reflejos que á nosotros llegan á parecernos desproporcionados. Así, la mayoría de las novias actuales, suspirando por

la confianza que depositan en las *girls* y en las *mademoiselles* sus comprensivos compatriotas, han ido á veces un poco lejos en sus secretas venganzas, como quien paseándose distraído por París llegara á los barrios de los apaches. Y no tienen culpa las pobrecitas. Tienen, tienen la enfermedad de la excesiva salud moral, como los referidos inéditos borrachines de la selva.

En la actualidad, aquellos hidalgos que permanecen despóticos y rígidos, sencillamente insoportables, ante los infinitos balbuceos de todas y cada una de las complejidades de la mujer que ya advirtió su bobería y la brutalidad del padre, del hermano y del novio, aunque parezca paradoja están pervirtiendo nuestro lote del eterno femenino. Se cumple la verleniana profecía, aquella de que las ingenuas acaban en amantes de los libertinos. Y es que las ingenuas, de tan sencilla lógica sentimental, solo encuentran apóstoles de su causa en los sofismas de los libertinos... Bien está el escarmiento del negrero de sus esclavas de color de rosa, pero sería de lamentar el fracaso de las dulces almitas ilusionadas que buscando nostalgias se topasen con los remordimientos.

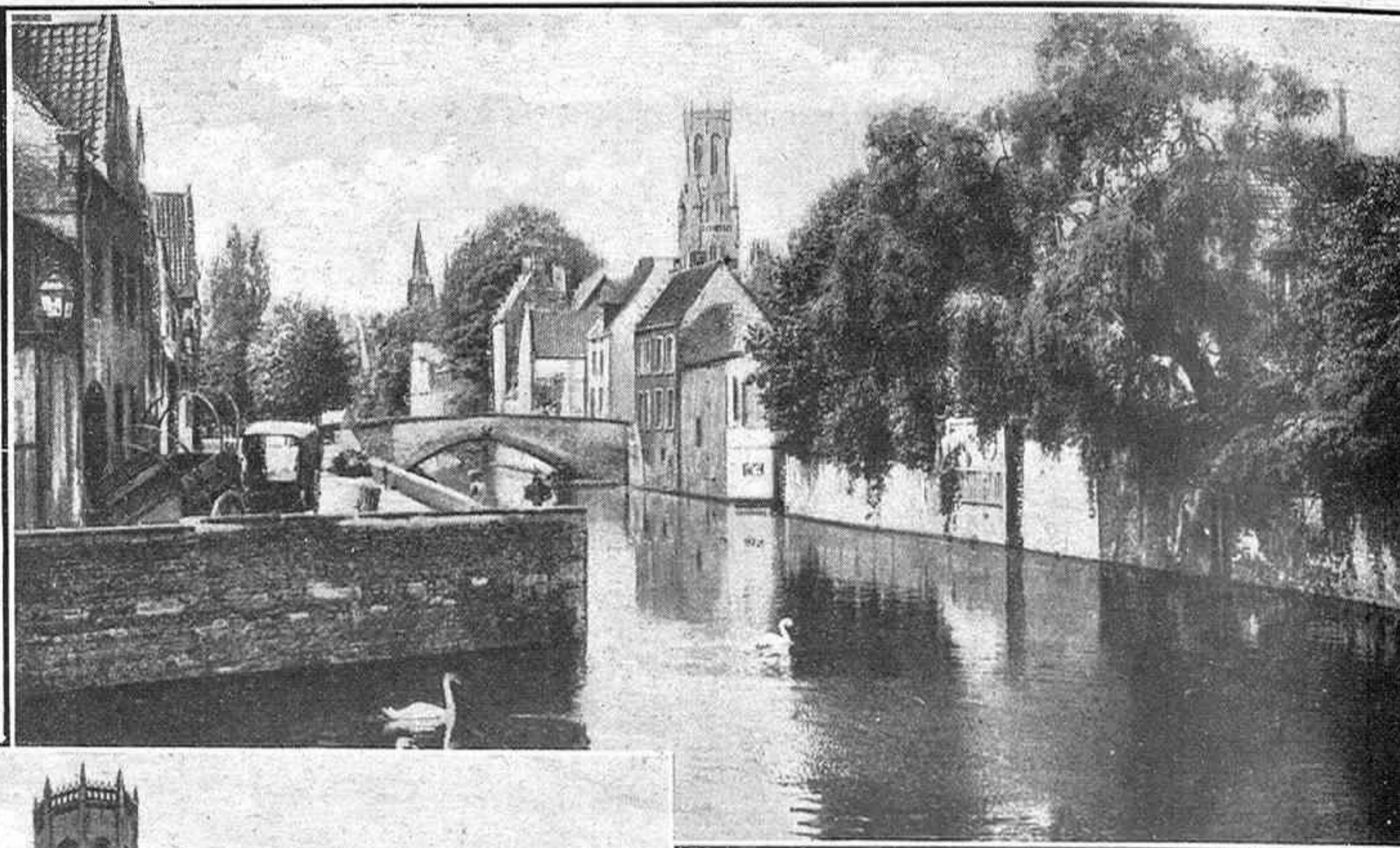
FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

CUADRO DE JUAN BRULL

BÉLGICA, LA BUENA LA PIEDAD DE UNA TRADICIÓN

UNA piadosa tradición que encendió la fe del pasado y han respetado los modernos tiempos, inspiran este recuerdo a Bélgica, la heroica Bélgica donde arde la guerra sobre montones de ruinas y escombros. En estos días, dedicados a la memoria de los que fueron, mientras los cañones siguen tronando y el odio de los hombres es más fuerte, Bélgica, desagrada, rota y vencida, tiene para todos los muertos una oración y es buena para todos, aun para aquellos que desgarraron su bandera.

Entre todas las ciudades belgas, Brujas es como un relicario de memorias. Por muchos años fué una ciudad dormida en un remanso del tiempo. Como Salamanca y Toledo, encierra muchos recuerdos del pasado, restos de su fenecida grandeza y de su muerto poderío. Tiene, como Santillana del Mar, el aspecto de los siglos medios, y sus calles, silenciosas y desiertas, son una constante evocación de los tiempos caballerescos. De ella se puede decir lo que el bardo español de la imperial Toledo: «Cada piedra es un recuerdo que toda una historia vale».



Pintoresca vista de un canal

el rostro la serenidad de un sueño del que no se vuelve nunca, jamás.

Eso hace Bélgica, bajo las naves de Santa Walburga, obediente al mandato de la Iglesia, que manda rezar por todos, porque todos fueron nuestros hermanos. Mientras los hombres se odian y se matan, y los soldados invasores cantan su triunfo sobre las ruinas de Lieja, de Lovaina, ella, la gloriosa nación vencida, responde dedicando sus oraciones a los mismos que la invadieron é incendiaron, a los hijos de todos los pueblos, a los súbditos de todos los reyes, a los soldados de todos los ejércitos, a todos los que derramaron su sangre sobre los campos de batalla, cobijados bajo los pliegues de todas las banderas. Todavía humean las ruinas de las ciudades de Bélgica y su suelo se resquebraja bajo el peso de los cañones enemigos. Sus hijos, fugitivos y errantes, lloran su desventura en la tierra extranjera que les dió asilo y su Rey está a punto de escribir la historia de los últimos días de su pueblo. Bélgica, sin embargo, tiene labios que recen por todos los soldados, vencedores y vencidos, y tiende sobre ellos los paños de su bandera, rotos como su manto de matrona. No ve solamente a los suyos

hacinados en las trincheras, desgarrada la carne por donde huyó la vida y vueltos los ojos al cielo como buscando el eterno perdón. Los ve a todos, confundidos sobre el campo de batalla, en un inmenso cementerio que no tiene marmóreas esculturas ni cruces labradas, envueltos en la calma de la eternidad, donde se abrazan como hermanos. Ella sabe que les

empujó a la lucha el mismo deber y que sus corazones palpitaron al patriótico impulso del mismo amor. Todos eran soldados de una bandera y todos tenían que cumplir la santidad de un juramento.

En el silencioso recinto de Santa Walburga brillan luces en memoria de los soldados muertos de todas las naciones. Bajo las altas naves sueñan los murmullos de la oración y Bélgica cumple sus deberes de pueblo cristiano acordándose de los mismos que la ultrajaron y ofendieron. Elevando su generosa oración sobre todos los odios, sólo ve en los soldados muertos de todos los ejércitos, almas que han golpeado en las misteriosas puertas de la eternidad pidiendo el descanso de los siglos. Y ella, pobre nación vencida, dice con sus plegarias que ama a todos por igual después de muertos.

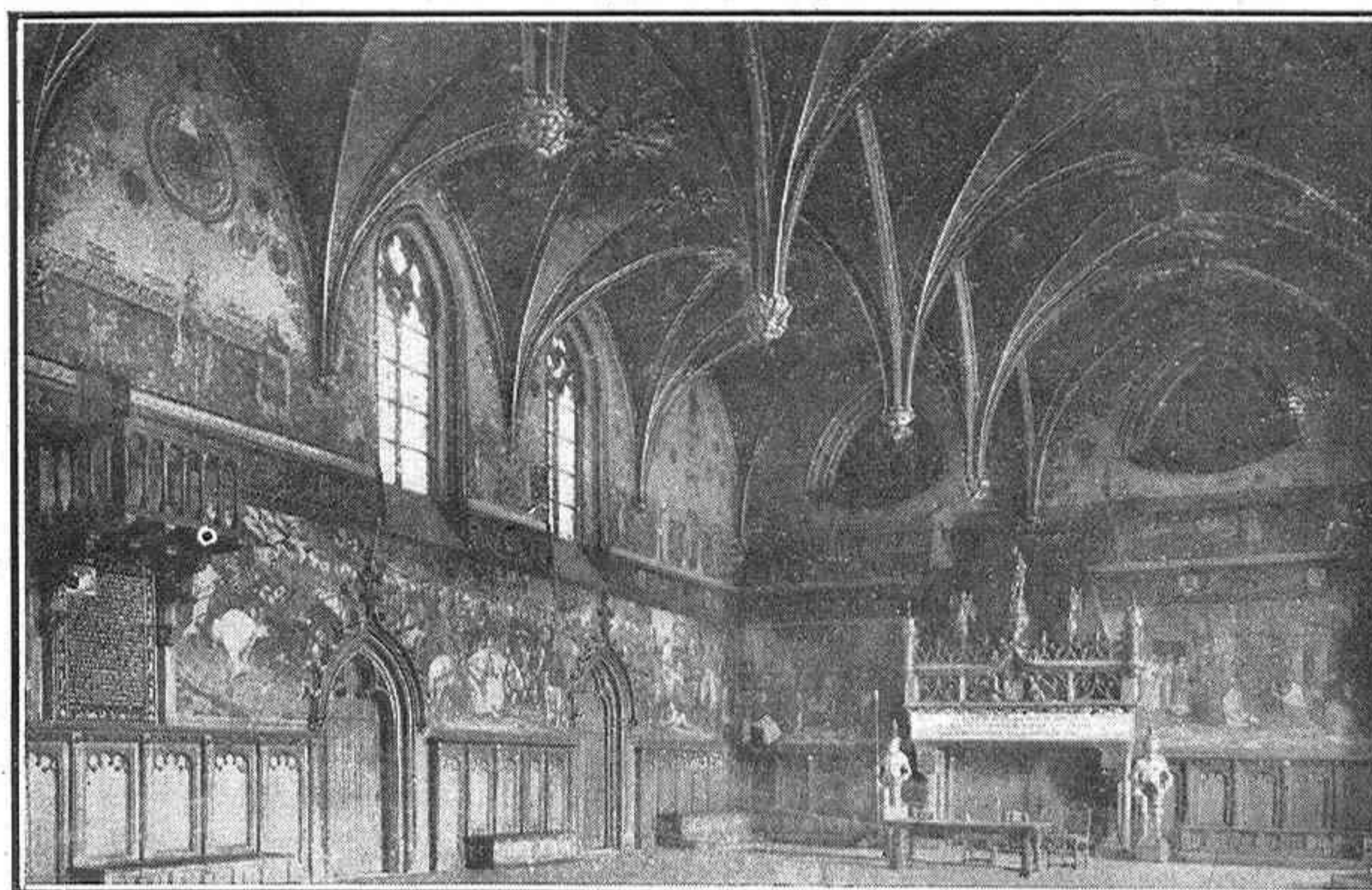


La Gran Plaza de Brujas

Rodembach pudo llamarla con razón Brujas la muerta.

Sus iglesias son un refugio de la piedad y la tradición. En la de Santa Walburga se reza a diario una misa por el descanso de los soldados de cualquiera nacionalidad muertos en el campo de batalla. Bélgica, en los días de su dolor más grande, con su rey proscrito, con sus hijos errantes, con sus campos arrasados y sus ciudades destruidas, reza por todos, aun por aquellos que la hirieron.

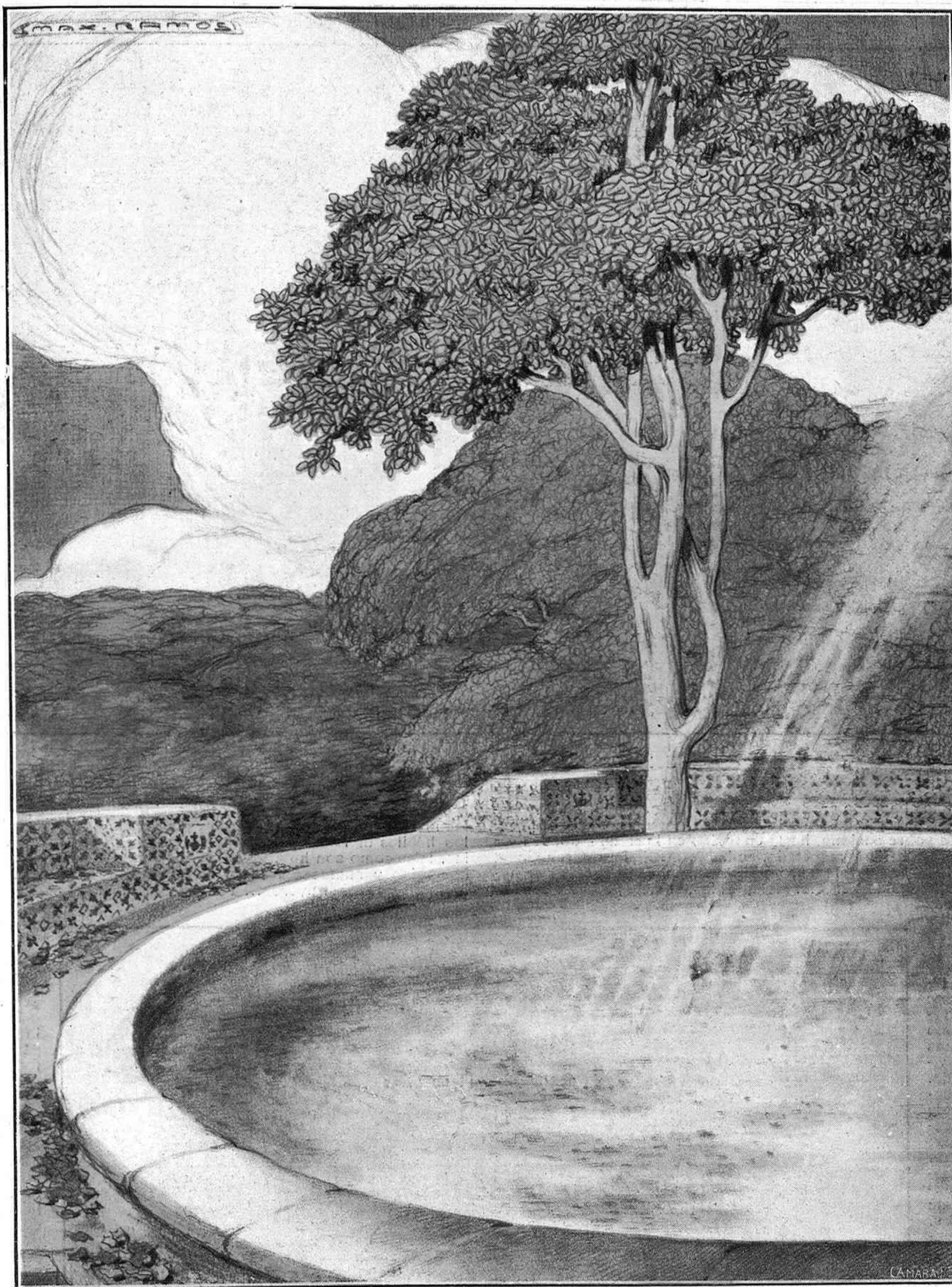
La piedad de los hombres enciende estos días luces que brillan tristemente a la memoria de los seres que les fueron queridos; deja sobre sus tumbas flores y aromas y recoge el pensamiento para dedicárselo en una generosa plegaria. Los corazones que no han perdido la fe y no han sentido el roce de los labios de mármol con que besa la imagen del escepticismo, se encogen y se humillan ante las piedras que ocultan para siempre lo que fué un grande amor y tiemblan, por valerosos que sean, viendo de cerca los misterios de la eternidad. La mirada, velada y turbia por las lágrimas, pero más fuerte y penetrante por el dolor, hace ser transparentes las tumbas y ve en ellas al ser que amaba en vida echado dulcemente, con las manos en cruz, reflejada en



Salón gótico del Ayuntamiento de Brujas

JOSÉ MONTERO

NOCTURNO



Está la noche encañada
Alta y pálida la luna.
Fresco y lozano el jazmín.
Está muda la enramada
y dormida la laguna
del jardín...

Doy huyendo de la vida,
de la baja y despreciable
vida de la realidad,
y mi alma está agradecida
á esta bella y á esta amable

soledad..

Gusto voluptuosamente
en estas horas serenas
lo intenso de mi sentir.
Y te evoco dulcemente
en estas horas tan buenas
de vivir...

Y en esta noche callada,
en este ambiente tan quieto,
en esta paz ideal,
rindo para tí, mi amada,

un balbuciente y secreto
madrigal...

A la luz de las estrellas
que derraman mortecinas
su fantástico lucir,
son todas las cosas bellas
y pulsán las fibras finas
del sentir...

Esta augusta y honda calma
este profundo reposo
y esta tranquila emoción,

¡cuánto la agradece el alma
y el herido y anheloso
corazón...!

Sólo se percibe el ruido
de una fuente misteriosa
que llora bajo un rosal
entre zarzas escondido,
su lágrima melodiosa
de cristal...

Alberto DALERO MARTÍN

DIBUJO DE MÁXIMO RAMOS



EN LOS CANALES DE VENECIA

LA GÓNDOLA VENCIDA



Estación de góndolas en la ribera del Schiavoni

EN todo Venecia el suceso produjo honda emoción, y allá, en los barrios populares, rugió un poco la algarada popular. Y ello era bien sencillo. Un pobre anciano, harto conocido en la ciudad, donde toda su vida había sido querido y respetado, se había arrojado al Gran Canal cuando pasaba la lancha automóvil, la primera lancha automóvil que había llegado á las aguas de Venecia. Mal que bien, el viejo pudo ser sacado sin daño mayor que el chapuzón y llevado ante el juez. No negaba que había querido suicidarse. Es más, juraba que en cuanto se viera libre volvería á buscar el no sér en las aguas grises sobre que vive la ciudad amada. Su salud no era mala; sus bienes de fortuna, si no excesivos, suficientes; su alegría, mucha... ¿Por qué quería matarse el pobre anciano? Al fin, ante reiteradas súplicas, consintió en exponer su quebranto.

Quería matarse por no ver el vencimiento y la desaparición de la góndola en los canales de Venecia. Toda la vida suya, toda la historia de la ciudad estaba unida á los originales esquifes que, con sus elevadas proas, imitan la cabeza y el cuello esbeltos de un cisne. En los li-

brós antiguos, en los incunables y en los códices, en los cuadros y en las medallas, en cuanto recuerda y pregona la grandeza de la República de los hábiles diplomáticos y los bravos navegantes, encontráis las góndolas, tales como son hoy. Pasó la época de dominio, pasaron los duxes, soberbios y suntuosos, hasta los monumentos de la ciudad se resquebrajaron y reconstruyeron... Todo había padecido mudanza y variación

menos la góndola, que seguía teniendo, desde los orígenes de la ciudad lacustre, su mismo perfil elegante y ligero.

Desde el nacer, la góndola ha acompañado la vida de todo veneciano; en góndola fué llevado á la iglesia para bautizarle; en góndola vió alejarse el ataud en que era conducido al cementerio su familiar querido; en góndola acudía á la cita de su amada, y en góndola puso término á su idilio, yendo al frente de una caravana que echó sus amarras en la escalinata de una iglesia, donde un cura le aguardaba para bendecir sus amores. Cada día saltaba á la góndola para ir á la oficina, para ir al café, para ir al teatro. A su puerta se detenía cada día el gondolero que vendía



Viajeros en una góndola



Una góndola cerrada navegando por el Canal Grande

verduras y el que vendía carbón y el que llevaba al cartero y el que conducía al amigo cuya visita se aguardaba con impaciencia ó con enojo.

La góndola ómnibus, panzada y ancha, era la única que interrumpía, con el golpeteo de su hélice, la quietud y el silencio de las aguas en los canales. Ella nos llevaba al colegio cuando niños y en ella fueron también nuestros hijos á padecer las torturas intelectuales y materiales del desasnarse. Los días de fiesta, cuando éramos chiquillos, era en esa góndola donde íbamos hasta el extremo de los canales en la tierra firme y emprendíamos la caminata alegre y regocijada hacia los jardines floridos en cuyo término se alzaban grandiosos los escalonamientos de las montañas cuyos picachos coronaba la nieve.

No hay placer de nuestra existencia ni dolor ni remordimiento de nuestra vida cuyo recuerdo no vaya unido al nombre de una de estas góndolas que nos mecieron sobre las aguas de los canales... ¡Oh, durante nuestra mocedad, en las noches de luna, cuando paseábamos al azar, punteando en las cuerdas de la mandolina, soñando en las divinas leyendas...! ¡Oh, Julieta; oh, Francesca...! El gondolero dejaba ir á su

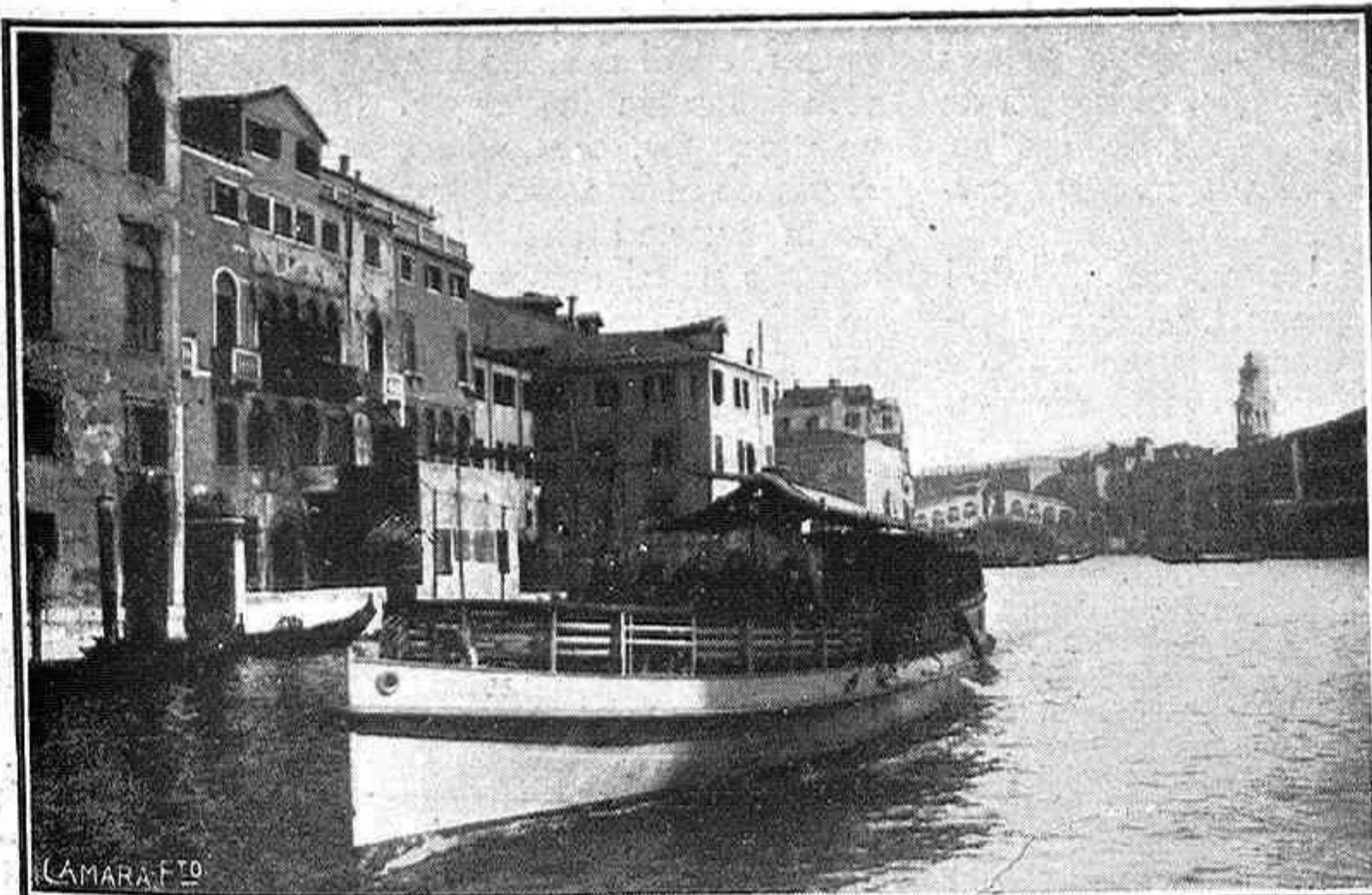
sabor la barquilla donde la corriente quisiera arrastrarla, y medio adormilado y ensoñador también, iba avisando los obstáculos con su media voz: ¡Ohé... ohé... ohé...! y separándolos con su larga pértiga... Toda esta poesía, infinita, inenarrable, única en el mundo, porque Venecia es única y nadie más que ella posee su batallón de góndolas, ¿puede desaparecer?, ¿puede destruirse por las mismas manos que debieran conservarla como una reliquia de nuestra raza?... Y he aquí la lancha automóvil que llega; rasga las leves ondas del Canal, como con un cuchillo, sin conciencia; las hace mugir con estrépito; avanza desolada, como si aquí corriera prisa llegar á parte alguna y como si fuera posible recorrer estos canales sin ir recreándose en la contemplación de los palacios que los bordean con sus balconadas espléndidas y sus piedras bordadas por el cincel de mágicos artistas, y luego este humarazo pestilente de su endemoniada maquinaria y este cruel alboroto de su bocina salvaje, interrumpiendo los murmurios suaves y misteriosos de esta ciudad sagrada, que parecen quebrarse cuando alza el vuelo la bandada de palomas de la plaza de San Marcos ó cuando las campanas de las iglesias

dan al aire sus augustas notas de bronce... ¡Vale más morir!

Así quería desaparecer el anciano de Venecia ante la invasión de lo exótico y de lo nuevo que había de borrar para las futuras generaciones el encanto de la Venecia que duerme bajo la pesadumbre de sus siglos de gloria. Los gondoleros sintieron la emoción del pobre viejo y se pusieron de su parte y juraron salvarle la vida. De los barrios populares surgió un clamor de ira y de rebeldía y la muchedumbre amenazó con hundir la máquina endemoniada que había irrumpido en los canales.

Así tuvo que huir y desaparecer la primer lancha automóvil que llegó á Venecia, para que el viejo amador de la vieja poesía pudiera salvar su vida. Pero luego, pasando el tiempo, otra lancha automóvil llegó y luego otra y más tarde diez y veinte y cincuenta. Las pobres góndolas comienzan á envejecer y á agrietarse; ya las gentes las desdeñan y prefieren á su encanto el tableteo de la hélice y el estruendo bárbaro de los bocinazos... ¡Y vencida la góndola, he aquí que la poesía huye de los canales de Venecia!

MÍNIMO ESPAÑOL



Canoas automóviles haciendo el servicio de viajeros en los canales de Venecia

FOTS. HUGELMANN



Cuentos Españoles

LA FANTÁSTICA RELACIÓN DE UNA HISTORIA VERDADERA

ESTABA como adormecida en la perezosa silla de mimbre. La cabeza se envolvía en un enervante perfume de voluptuosidad. Ardían los labios, ascendía el pecho valiente á cada inspiración, se entornaban los ojos y caían los prodigiosos brazos como en un espasmo de placer.

Aquella mujer era un misterio impenetrable. Nadie supo ahondar en el abismo de su espíritu, cerrado á toda confidencia y apercebido siempre contra los ataques de la malsana curiosidad.

No se conocía de ella sino su hermosura deslumbradora, su exquisita distinción y su altiva arrogancia singular. Se decía que era africana, y esto acabó por hacerla más interesante.

Los que la vieron subir en la dársena de Buenos Aires hablaban de una muda tragedia sentimental. Llegó en automóvil, saltó ágilmente al suelo. No se despidió de quien la acompañaba. Ni un gesto, ni un adiós, ni un apretón de manos. Nada. Pasó á bordo sin curarse de la admiración que producía. Desde cubierta volvió el rostro divino, miró de un modo indefinible y hasta el segundo día de viaje no apareció en la cubierta.

El coche quedó en el muelle como si aguardase con esperanza, y cuando el trasatlántico se apartó del muro, un hombre, martirizado por todas las ansiedades, rompió á llorar...

Realmente, los pasajeros no ofrecían muchas satisfacciones espirituales. Señoritas presuntuosas que sólo pensaban en casarse por casarse; damas matronas que vigilaban siempre, como Argos, el recóndito honor de las niñas; gente porteña, gerifaltes afortunados, que venían á invernar á Europa; diplomáticos vanos, de curvo abdomen, que hacía más grande su oquedad, y de congestionados rostros y palabras receladas y melosas; asturianos enriquecidos que volvían á la aldea con el agotamiento del trabajo rudo, la fría soledad de su avaro egoísmo y la rastra de muchos pesos que habían de acompañarles á bien morir con sus tristezas, tornándose en filántropos, en altruistas y en patriotas, á ellos, que nunca se socorrieron á sí mismos, que no se sacrificaron por nadie y que salieron de la patria cargados de rencores, arrojados en la sentina de un barco como un trajo inútil que se tira á la repugnancia del muladar; alguna cómica descocada, rutilando esplendores por todas las joyas que adornaban su cuerpo, compendio de los pecados conocidos y aún de los no llegados á imaginar, con su indispensable faraute á la cola; un hombre de iglesia, acompañante y consejero de cualquier dama noble de alto linaje español...

Nos encontramos un día sobre cubierta. Me paré á contemplarla. Ella alzó los ojos grandes, altivos, imperiosos y clavó en mí la mirada penetrante y retadora. Fija, insistentemente, me sugestionaba el misterio de sus pupilas con un extraño magnetismo. Comencé á turbarme y advertí que palidecía y vacilaba. Acudí á socorrerla, y mis brazos, temblorosos de emoción, ciñeron la redonda flexibilidad de su cintura.

—¿Se pone usted mala?...

—No. Gracias. Perdón.

Y variando el tono, musitado, casi en silencio, sin apartar de mí la vista, puso los corales de su boca en mi oído para decirme:

—Esta noche, cuando duerman todos.

Se repuso de la impresión inexplicable y se apartó de mi lado. Era indudablemente víctima del error producido por la fatalidad de una completa semejanza. Yo vi perderse su graciosa silueta á lo largo de la cubierta de paseo, y cuando entró en la cámara y volvió la cabeza, sentí otra vez el poderoso influjo de sus ojos dominadores.

Discurría el tiempo con esa lentitud, mortal

siempre para el que espera. Aquella cita incomprensible era tormento de mi espíritu y espuela de mis despiertos sentidos. Bajé al camarote. Me eché en la cama, que me rechazó como enemiga; procuré concentrar mi pensamiento en la lectura y mi pensamiento volaba á otra parte. Tiré el libro y volví á cubierta. Allí, en el secreto de los horizontes lejanos, el globo de fuego apagaba su luz en los negros abismos del mar.

Hablaba con impetuoso desbordamiento de torrente:

—¡Dime la verdad!

¡Tú eres! Transformado como yo, torturado como yo, pero eres tú. No me engaña el deseo ni me ofusca este ansia que muerde mi corazón, mis entrañas, mi alma toda y enciende las venas en llamarzos de rencor. ¡Eres tú! ¡Mi amor, mi cariño, mi vida, mi anhelo! ¿Verdad que sí? ¡Oh, qué martirio! Las cuerdas de tu guzla tenían un poder de infierno. Reían, lloraban, parecían respirar con aquel aliento cálido que abrasó por primera vez mi rostro. Era una noche clara, como ésta. Rielaba la luna también sobre nuestro mar, sobre el cálido mar de las arenas. Dormía la caravana de mi padre, vencida por la jornada cruel, y salían de las sombras inquietantes rugidos de hambrientos chacales. Arrastrando como un reptil llegaste á mi lado. Las palabras de tu promesa, mojadas con lágrimas, estuche fueron para el más rico de mis joyeles. El blanco fulgor de la noche nos dió un lecho de plata, y el aire de fuego que curtía nuestra piel se llevaba allá lejos, muy lejos, el poema de dos suspiros para juntarlos, para fundirlos en uno solo, como se habían fundido nuestras carnes y nuestras almas.

¡Oh, qué crueldad, qué locura, qué delirio! Un pájaro negro, augurio de un mal fin, echó mantos de tinieblas sobre las nacientes auroras de nuestra dicha. Y entonces lloré mucho, acuérdate; lloré amargamente. Y sin remedio para mi daño recelé de ti. Un presentimiento sombrío, un presagio terrible me hacía sopechar de tu lealtad. Y miraba al cielo y las estrellitas brillantes salían de sus rutas luminosas y combinaban en la inmensidad celeste la palabra «¡Engaño!» y escuchaba al silencio y me parecía que el tesar de la brisa en las recias copas de las palmeras murmuraba: «¡Traición!» y en el rápido desplome de mi felicidad mis uñas se hundieron en las carnes desgarradas y mis cabellos flotaron en el abandono del dolor. Tu voz clara dominó mi angustia resonando solemne en la mansa quietud de



la noche: «Cálmate, esposa, oasis de mi vida, fresco algibe que apaga la sed ardiente de mis deseos. Nuestras nupcias fueron el venturoso comienzo de una vida nueva. Juntos seremos el uno para el otro. Juntos en la paz como en la guerra, en el desierto como en el poblado, en la vida como en la muerte. ¡Oyelo bien; contra nuestros usos, contra nuestra ley, hemos de consagrarnos el uno para el otro! ¡En la vida como en la muerte! Prenda de mi juramento es este menudo puñal damasquinado. Toma. Si te engaño sepúltalo en mi pecho, y cuando la sangre traidora rebose humeante por el pomo, bébela y gozarás el pérfido deleite, el tormento embelesador de los brujos venenos orientales.»

Y me dormí al calor de tu alentar y entré dichosa en las regiones del ensueño para volver á la realidad terrible del abandono y el desengaño. El tormento de mi peregrinación fué duro castigo de los altos cielos. La soledad y el temor mis eternas compañas. Las dolientes lágrimas el alimento de la desventura que me mataba.

Empujada por mis pensamientos, crucé los mares, atravesé los campos, recorrí las ciudades del mundo. Como un azote iba dejando en las almas la ponzoña de mi maldad. Mi belleza y mi origen enloquecieron á los hombres, y en los filos de mi

melancolía y en los abismos de mi silencio han sucumbido muchas ilusiones y se han sepultado nombres, prestigios y bienestares.

Pero ya río otra vez, después de tanto tiempo. ¡Mírame! Reaparece en mí la muchacha núbil acariciada por las ráfagas salvajes del desierto, amamantada en las ubres de las leonas y crecida al amor de las palmeras. ¡Mírame! Soy la que tiene la noche en sus ojos, el amor en sus brazos y el placer en sus senos. ¡Mieles de Asiria, de Babilonia y de Caldea gustaste en mis labios estremecidos! ¡Néctares de venganza y de muerte busco yo en tu pecho miserable! ¡Sed de siglos reseca mi garganta! ¡La prenda sagrada de tu juramento solemne abrirá en tus carnes la cisterna roja! ¡Viejo espíritu de Alah, soplo misterioso del destino, secreto instinto de mi conciencia, un alma cautiva en cárceles de crueldad va á redimirse ahora!

El momento era de una grandiosidad soberana. Erguida, majestuosa, supremamente trágica, destacaba la blanca figura en el obscuro fondo de la noche. El moreno perfil se acusaba más sobriamente y con más rotundidad que nunca. La voz era silenciosa, reconcentrada, insinuante. Más que amenazar parecía que acariciaba. Y, sin embargo, en la mano diminuta, de azucena, brillaba la aguda hoja de un puñal, como un rayo de luna prisionero en una rosa de Jericó.

En el silencio que nos rodeaba se advertía distintamente su jadeo de angustia y de cesar la contienda furiosa de la hélice con las aguas rotas en espumas, se hubiera escuchado también el rodar de las brillantes lágrimas, redondas como perlas, que resbalaban por la cara lívida, buscando el dulce abrigo de las rosadas pomas eréctiles.

Atrasó dos pasos y esgrimiendo el arma contra violentamente sus miembros para lanzarse sobre mí en un poderoso salto de felino. Entre los labios emblanquecidos le titilaba nerviosa la lengua. Los dientes brillaban nítidos sobre el rojo encendido de la boca y parecían agudizados, amenazadores, acuciados de un furioso deseo de morder. La cabellera se abría en un ancho abanico de luto. Rugió ahora la voz extrangulada:

—¡Tu sangre!

—¡Tómala! Tómala sin miedo. Hierre, que mi perdón seguirá por las rutas inciertas que emprendas tu espíritu.

—No es tu perdón, es tu vida lo que quiero.

—Más que mi vida lo necesitas para que no te agobie luego la pesadumbre de tu culpa.

—¡Cumpló tu mandato!

—¡No tuve la dicha de mandarte jamás!

—¡Sí; si eres tú!—Y continuaba evocadora—: Tú me dijiste: siempre juntos, en la paz como en la guerra, en el desierto como en el poblado, en la vida como en la muerte! Eres tú mi esposo de una noche mística y serena en que el aire dormía y las fieras arrullaron nuestro amor. Tú el que sintió la negra sombra del ala agorera sobre la altiva frente luminosa. ¡Tú eres, tú!

—No, por mi desgracia, mujer.

—¡Ah! He de saberlo. En pleno delirio mordí tu brazo, y en la incisión vertí una gota que te marcaría para siempre como esclavo de mi cariño. ¡Aguarda!

Con ansiedad llamearon sobre mis brazos desnudos los ojos febricantes. El desengaño arrancó un sollozo de su pecho, hizo caer el puñal damasquinado de sus manos encantadoras, y en la cabeza abandonada en desmayo sobre mi pecho, la luna puso coronas de plata á la asombrosa perfección de su hermosura.

□□□

Eramos la comidilla diaria de los pasajeros. Juntos siempre, como fascinados, recorriamos el barco, ajenos á la curiosidad que nos perseguía.

No pude obtener de mi dulce enemiga ni el más liviano favor, ni la promesa más inocente. Encerrada en su mutismo hermético, me miraba con una fijeza heladora de esfinje.

Todas las tardes veíamos morir al sol con agnias de oro, mientras entre el cordaje componían los gemidos del viento la diaria sonata de su melancolía.

□□□

Aquella mañana, adormecida en la perezosa silla de mimbre, estaba transfigurada. Cálida, sensual, ardiente, me acercó el coral de sus labios y deslizó en un suspiro estas palabras: «Luego, cuando todos duerman, en mi camarote...» Los

ojos mortificantes, fijos más que nunca en mí, tenían entonces un brillo siniestro...

□□□

Avancé cauteloso por el largo pasillo del trasatlántico. La noche clara, serena, constelada y azul, convidaba al amor. Me deslicé en su camarote perfumado. Un aliento tibio de tocador femenino dilató mi nariz en una aspiración voluptuosa. Llamé muy quedo.

—¡Mi bien! ¡Nena! ¡Alma mía!... ¿No me oyes? ¡Nena! ¡Mi ilusión!

Comencé á inquietarme. A tientas recorrí las paredes, hasta dar con la luz. ¡Retrocedí aterrado!

Sobre la cama yacía sangrante el cuerpo, tibio aún. El puñal diminuto clavado en el corazón apenas dejaba fuera de la herida el pomo damasquinado. Los ojos abiertos habían cristalizado aquella mirada fija, siniestra, que fué mi tormento durante el día. En la boca plasmaba la muerte una sonrisa lúgubre y macabra.

Extendidas hacia mí, como en una ofrenda, sus blancas manos señoriles me brindaban el fúnebre regalo de un pliego violeta. Vencí mi temor y mi angustia y leí el escrito:

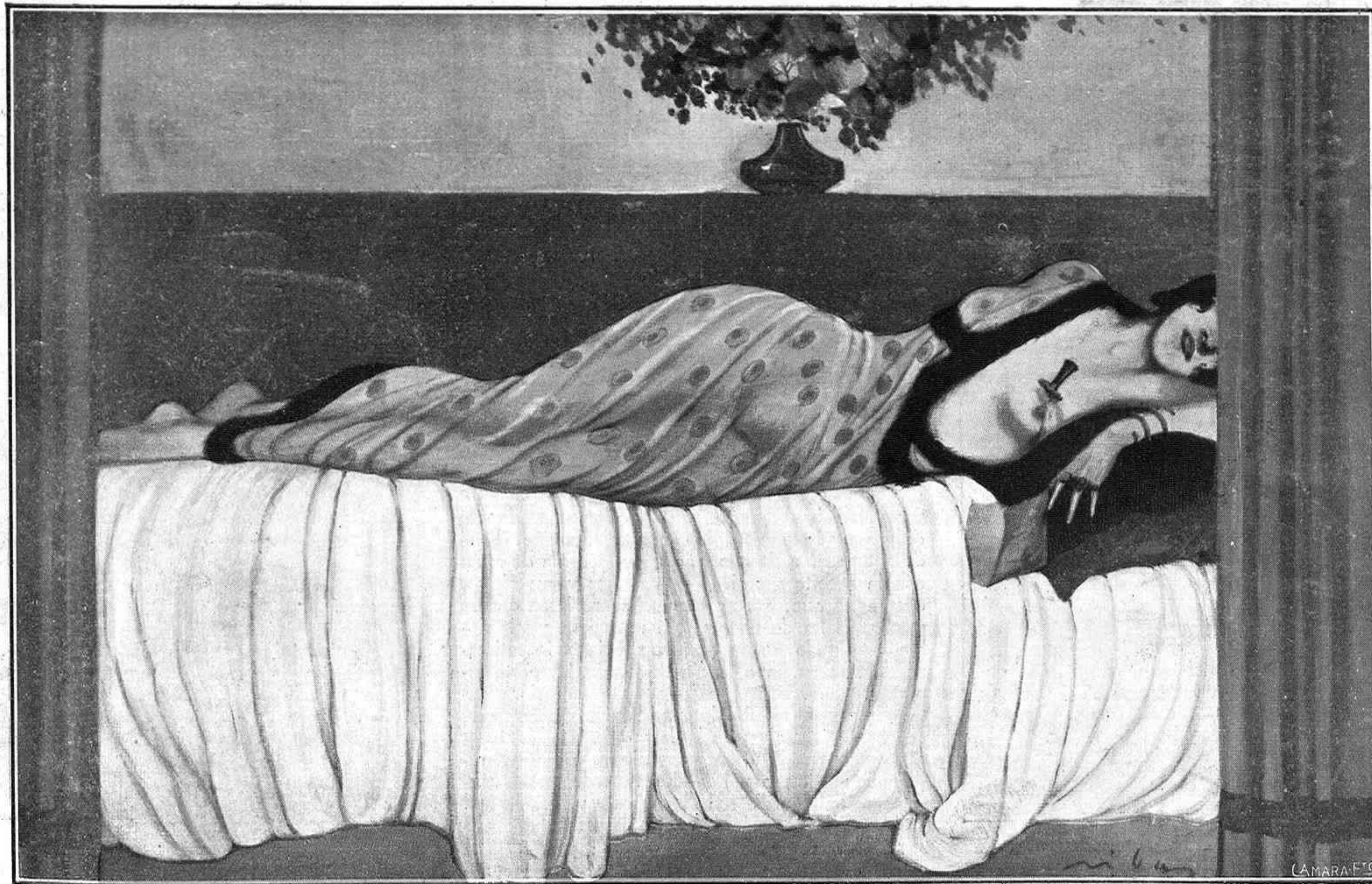
«Mírame á los ojos y te verás en ellos cautivo. Mañana termina el viaje y con él este grande amor que nació en mi alma para ti. Renegada, maldita, con la mancilla de una traición que recordaría siempre tu exacto parecido, no quiero ser tuya, y habría de serlo á mi pesar, porque este sentimiento que conmueve con desconocidas vehemencias mi alma, me domina como un poder sobrenatural. No renuncio á mi venganza, que aguardaré en las ignoradas regiones donde los espíritus viven errantes. ¡Perdóname! ¡Y... bésame! ¡Bésame mucho! Une tu boca que arde con la mía yerta, que este frío sutil de la muerte dura siempre en los labios...»

Así decía el triste papel, que guardo en mi cartera, sobre el pecho, como una voz de elegía que oye perpetuamente mi corazón.

Le di el beso. Un beso largo, largo, profundo. ¡Todavía llevo en el fuego de la sangre la trágica dureza de aquel agudo helor de mármol!...

ROGELIO PEREZ OLIVARES

DIBUJOS DE RIBAS



ATENE
BIBLIOTECA
MADRID

LOS CONDES DE CHESTE

EL condado de Cheste—pequeña villa de la fértil vega valenciana—fué otorgado como premio honorífico de una hazaña militar, á D. Juan de la Pezuela y Ceballos, hijo del marqués de Viluma, virrey del Perú, en cuya capital, Lima, había nacido en 1809. Las diversas aptitudes del primer conde de Cheste llevaron por el mérito y la fortuna á las cumbres de la Milicia y de las Letras, que acreciendo la notoriedad del noble linaje, hicieron de su larga vida un hermoso ejemplo de viril energía y una de las figuras más relevantes del pasado siglo, harto inmediato aún para ser juzgado con imparcial criterio.

Educado por Lista, don Juan de la Pezuela, en las disciplinas de los estudios clásicos, aunque sus aficiones literarias y su juventud afiliáronle prontamente en las huestes románticas, sus obras revelan, más que la imaginación y fantasía propias de la escuela, la solidez de cultura y la expresión atildada, escogida, de un espíritu refinado, sereno y altivo. Amigo de Narváez, actuó desde muy joven en la política, y su intervención en los sucesos más importantes del reinado de Isabel II hicieronle muy querido de esta señora, que le llamaba «mi leal Pezuela», mercediendo de la real estima la encomienda de acompañar al Príncipe, más tarde Alfonso XII, en su viaje á Roma para recibir la primera comunión de manos de S. S. el Papa Pío IX. Al estallar la revolución del 68, siendo capitán general de Cataluña, donde aún se conserva su recuerdo, teniendo aquel ejército fiel á sus órdenes, tal vez hubiera podido sofocar el levantamiento, y aun alguien lo temió, si el acendrado patriotismo, venciendo al ímpetu personal y bien probado, no escogiera el sacrificio propio y de los suyos antes que suscitar entre hermanos nuevas luchas sangrientas. Hecha la Restauración, en cuyos trabajos preliminares tomó parte activa, al regresar de la emigración

reanudó su vida de labor fecunda en las letras y en las armas; de la política alejó el limo de los trastornos pasados que, enturbiando acaso para siempre las mejores intenciones, impedía á su entereza transigir sin abdicar, cual otros creyeron oportuno y necesario. Presidente de la Academia de la Lengua, en su tiempo llevóse á cabo el traslado de la docta Corporación desde su an-

Ejército y más tarde en la política; de extensa cultura y gran erudición, una modestia excesiva, extraña en nuestro tiempo, detuvo una carrera que pudo ser brillante. Cánovas, en distintas ocasiones, le propuso repesenar á España fuera de la Península, y aunque entonces el porvenir de sus hijos, que aún vivían, hubiera podido animarle, rehusó generoso lo que otro hubiera pretendido

intrigante. De trato atento y social que los últimos años cambiaron con tristeza inconsolable, en el período de mayor relieve de la vida de su padre, durante sus mandos en Madrid y Cataluña, las brillantes figuras militares de los hijos completaban el conjunto dichoso de una familia á quien la vida ofrece todos sus favores. En los meses que precedieron á la Revolución, ajenos á cuanto el destino reservaba, celebró Pezuela en Barcelona su matrimonio con una dama de tan notable belleza como peregrinas dotes de virtud y de bondad. Aquel amor que unió dos vidas, fué bruscamente turbado por la amargura del destierro y la pérdida de una carrera seguida con entusiasmo. Más tarde, el culto familiar, la veneración al padre y el amor al hogar, apasionaron su carácter enérgico, amante hasta el sufrimiento; y

llegadas las horas del dolor, que fueron arrebatando, una tras otra, con los hijos, las esperanzas del vivir, su espíritu desolado refugióse en el cariño de la esposa siempre amada que, al sucumbir, colmó el pesar, abatiendo el vigor de una existencia que la muerte sólo pudo calmar.

La gloria ilustre de los hechos y apellidos perdura siempre, aunque la descendencia no aumente las hazañas; la hidalgüía y nobleza del sentir nunca se extingue, multiplicase fecundada en el recuerdo, suavizada, engrandecida por el infortunio, privilegio acaso de elección ante los supremos juicios.

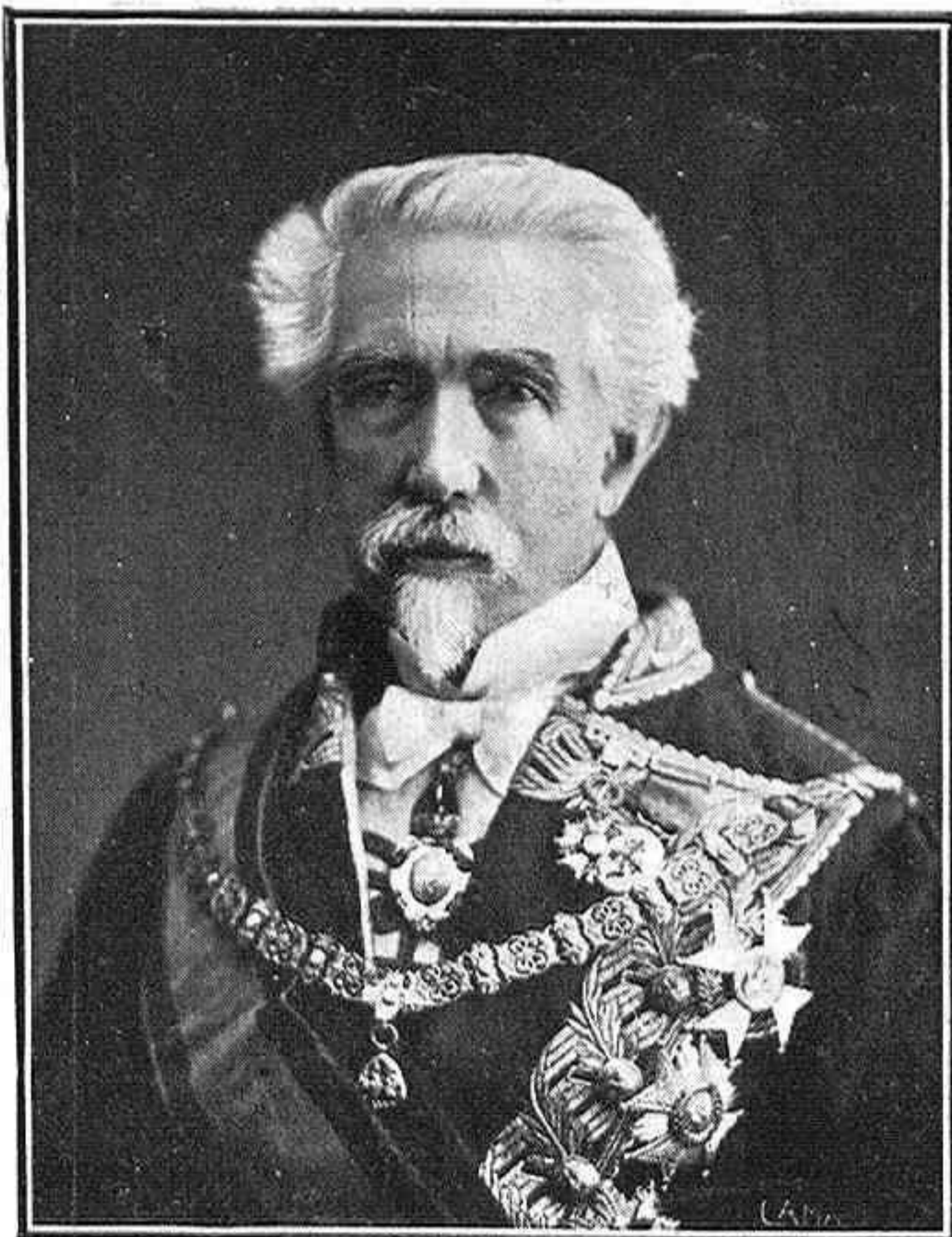
MARICRUZ



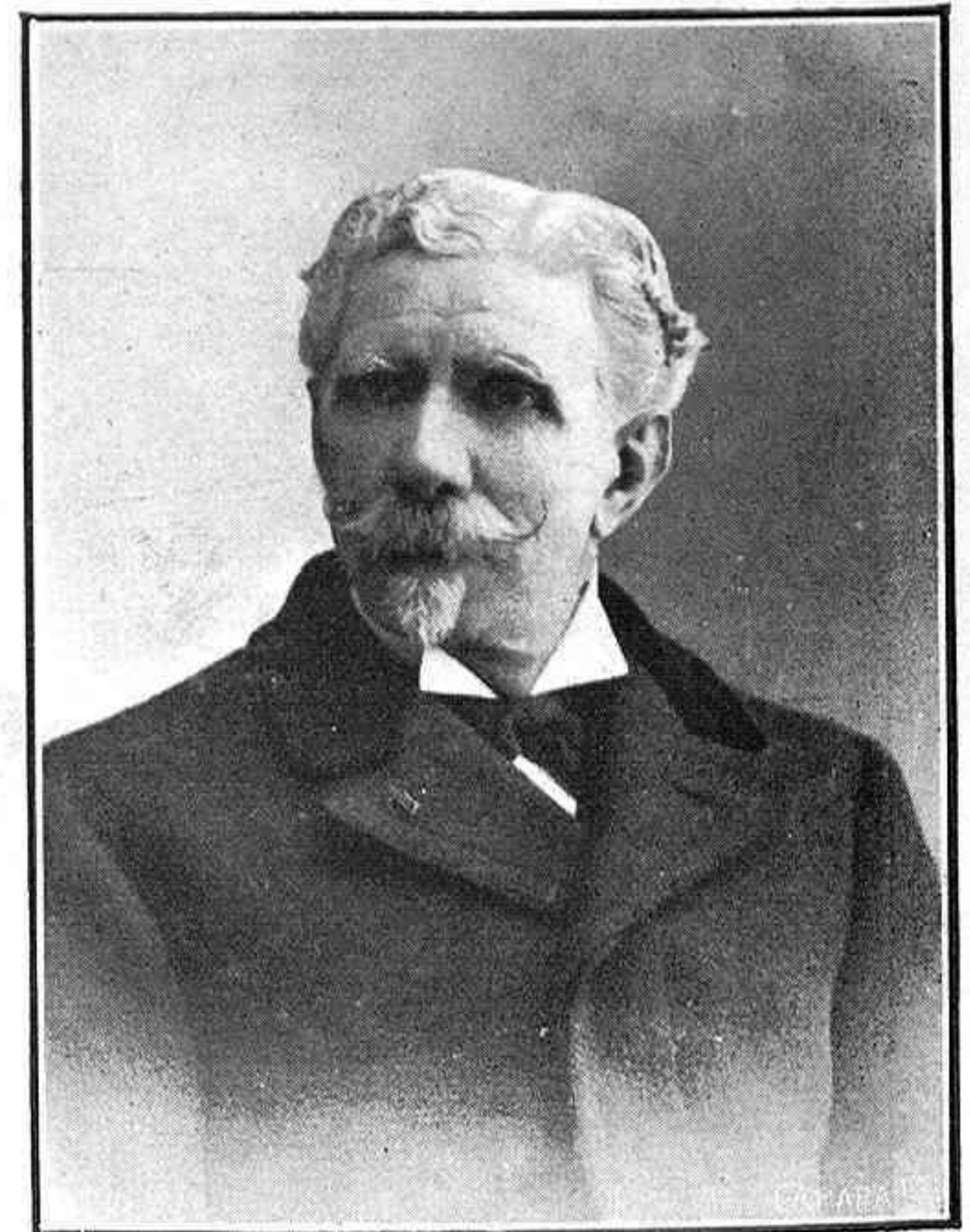
Los grandes de España condes de Cheste y de Heredia Spínola (sentados), con las demás personalidades que formaron el séquito de S. M. el Rey Don Alfonso XII en su viaje á Roma

tigo domicilio de la calle de Valverde al edificio propio que hoy ocupa; y en 1896, al cumplir los cincuenta años de académico, ofrecieronle sus compañeros un cordial homenaje, expresado en artístico pergamino. Asistía puntualmente, mientras pudo, á las sesiones académicas, tomando parte activa en las discusiones, y aunque respetado y querido por todos, una especial amistad unióle primero con el duque de Rivas y el marqués de Molins, después con Cánovas y Tamayo, guardando de ellos hasta sus últimos días fidelísima memoria. Sus poesías y completas traducciones del Dante, Tasso, Ariosto y Camoens, con otras parciales de Metastasio y Petrarca, acreditan una personalidad insigne en las letras, que la época de transición en que se hicieron quizás no apreció debidamente, pero que los tiempos de revisión literaria que parecen iniciarse han de estimar, descubriendo un alto sentido poético en el concepto y una fidelidad fervorosa á los grandes maestros. Con previsor interés atendió continuamente, facilitando las relaciones y comunicación de España con América, la hija predilecta, aunque emancipada, cuyo amor y porvenir habrán de rehabilitar algún día á la madre Patria de las injusticias de la Historia; y cuando en 1898 extinguióse en aquel continente el dominio hispano, su pesar fué muy hondo, cual si presintiera la vía dolorosa que para él iniciaba tal desastre. Desde entonces, cada año sufrió una pérdida de amor con la muerte sucesiva de sus hijos y sus nietos, desgracias que, acumuladas, obscurecieron con su sombra el fin de una existencia que la gloria había iluminado en su apogeo; existencia íntimamente unida á la Historia de la Patria, parte integrante de ella y que justamente mereciera detallada biografía. En la Academia, y aún mejor en el Ejército, pudiera hallarse quien debiera hacerla, ofreciendo á las generaciones futuras el relato de una larga y hermosa vida de noble cristiano, valiente militar, insigne poeta y amante leal y abnegado de su Patria y sus Reyes.

El segundo conde de Cheste y marqués de la Pezuela, hijo del anterior, militó primero en el



D. JUAN DE LA PEZUELA Y CEBALLOS
Primer conde de Cheste



SEGUNDO CONDE DE CHESTE
Marqués de la Pezuela, recientemente fallecido

EL REY EN LAS CARRERAS

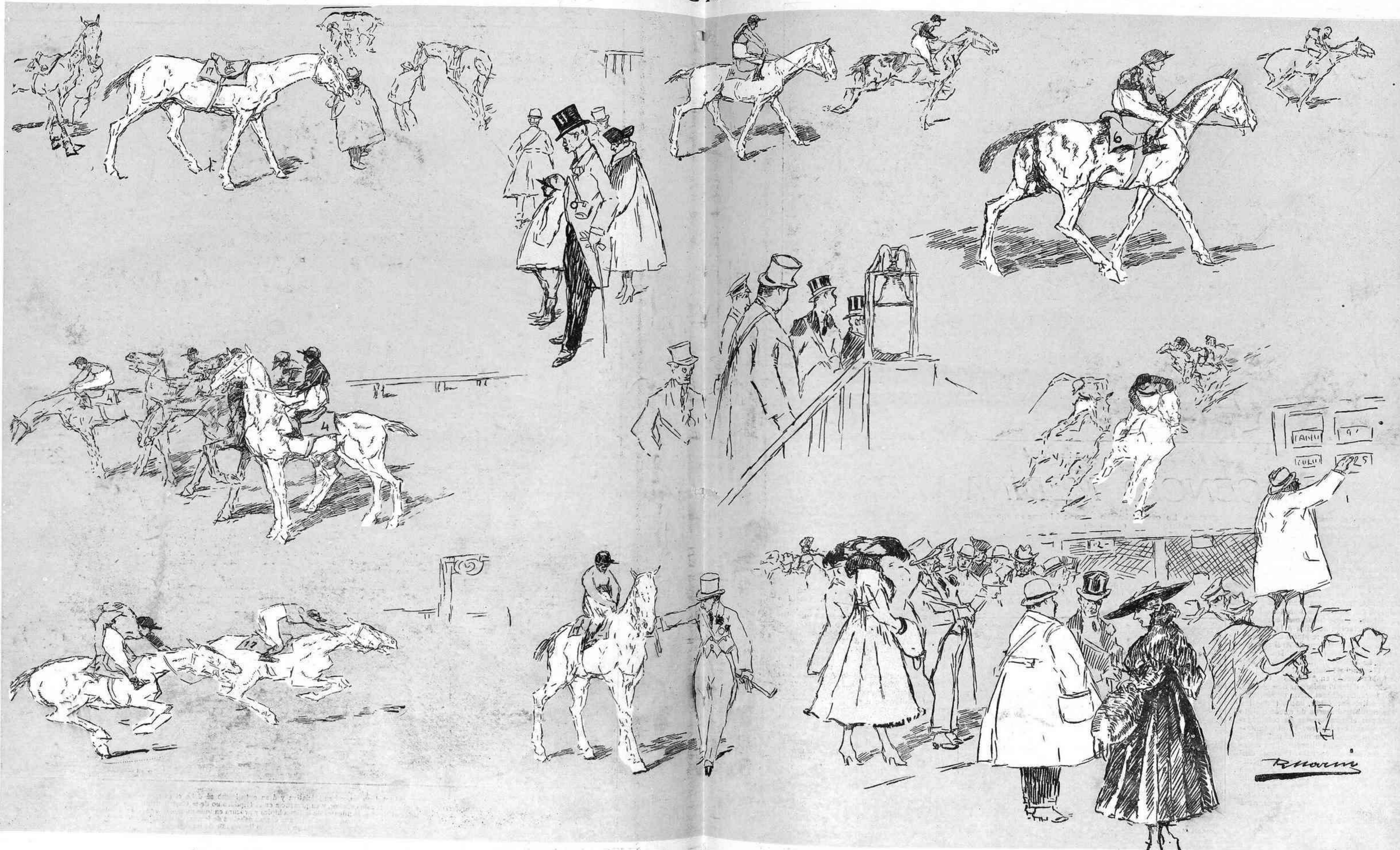


BIBLIOTECA
MADRID

Siempre ha demostrado S. M. el Rey decidida afición por todos los deportes, y á su iniciativa y á su entusiasmo se debe el éxito que muchos de ellos han tenido en España. Actualmente, Don Alfonso siente especial preferencia por las carreras de caballos, y su presencia en el Hipódromo de la Castellana atrae la atención de las personalidades más ilustres de la nobleza y la diplomacia. Con gran interés sigue el Rey los incidentes de la fiesta hípica y procura en todo momento que ésta resulte siempre digna de la importancia de Madrid. A sus iniciativas y á sus entusiasmos se debe que en el Hipódromo de la Castellana corran caballos de famosas caballerizas. La fotografía que publicamos representa á Don Alfonso observando curiosamente un momento interesante de las carreras

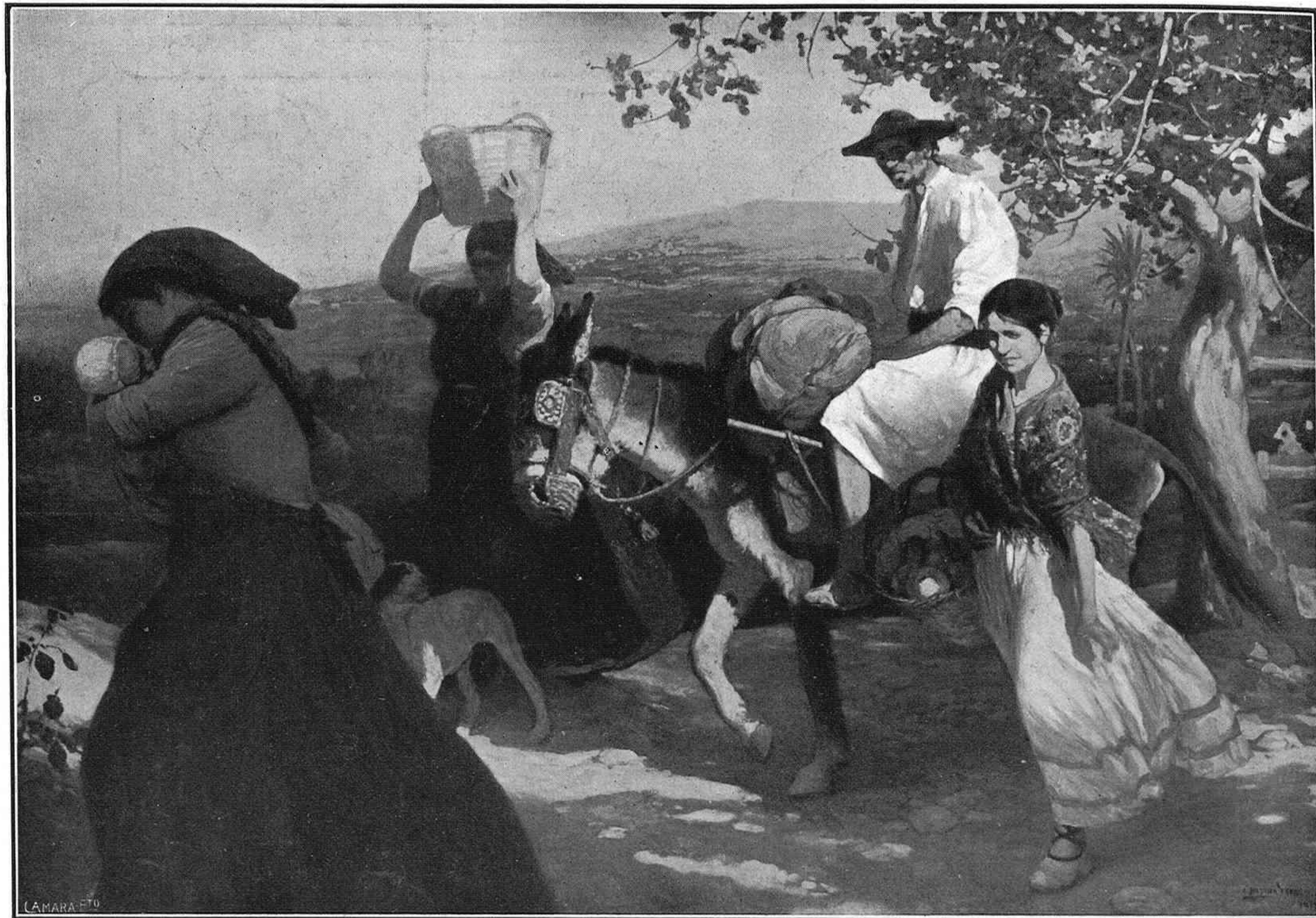
FOT. CAMPÚA

LAS CARRERAS DE CABALLOS EN MADRID



ATENCIÓN
BIBLIOTECA
MADRID

Apuntes del natural tomados por nuestro ilustre colaborador Ricardo Marín en una de las últimas reuniones de la temporada de Otoño en el Hipódromo de Madrid



“De vuelta de la huerta“

INOCENCIO MEDINA VERA

SURGIERON al mismo tiempo el poeta y el artista. Lo que de inédito y de emocional tenían los versos del uno, era ratificado en un fraterno encanto por los dibujos del otro. Simultáneos los triunfos de ambos en la mutua revelación de la vida murciana con sus tipos característicos, sus costumbres pintorescas y la moruna melancolía de sus hombres en la calma señera de las huertas ó á lo largo de los caminos desolados con sus palmeras polvorientas y sus cielos implacablemente azules.

Era en los años inmediatos, al de nuestro desastre colonial, tan vergonzoso y, sin embargo, tan resucitador de las energías dormidas y tan libertador de las fuentes fecundas que estaban heladas de angustia y de fatalidad. De ambientes humildes llegaban ambos, lo que hacía más conmovedora su apelación sencilla á la sensibilidad nacional. Vicente Medina, el poeta, era hijo de un jornalero de Archena, conoció diversos oficios y ambientes gorkianos, se batió en Filipinas como soldado. Inocencio Medina, el pintor, también había nacido en Archena y también acababa de dejar el uniforme de soldado.

Su padre, D. Miguel, tiene una estatua en el pueblo, esculpida, como todas las de los hombres ilustres de nuestro siglo actual, por el acaparador de celebridades Sr. Coullaut Valera. Y, sin embargo, D. Miguel Medina no fué militar, ni político, ni siquiera literato. Fué solamente maestro de escuela. Durante cincuenta años enseñó á leer varias generaciones en Archena. Amaba su carrera como un sacerdocio, y esto que le valió por extraña gratitud de toda una región, la inmortalidad del monumento escultórico, no le sirvió, como es natural, para salir de pobre...

Inocencio Medina Vera hubo, pues, de encararse frente á la vida y sin otras armas que su juventud y sus lápices, lan-

zarse á lo que en aquellos tiempos absurdos del *Madrid Cómico* se llamaba luchar.

Y á fe que no se engañaba en sus bélicos deseos. Van transcurridos muchos años desde entonces y Medina Vera sigue luchando.

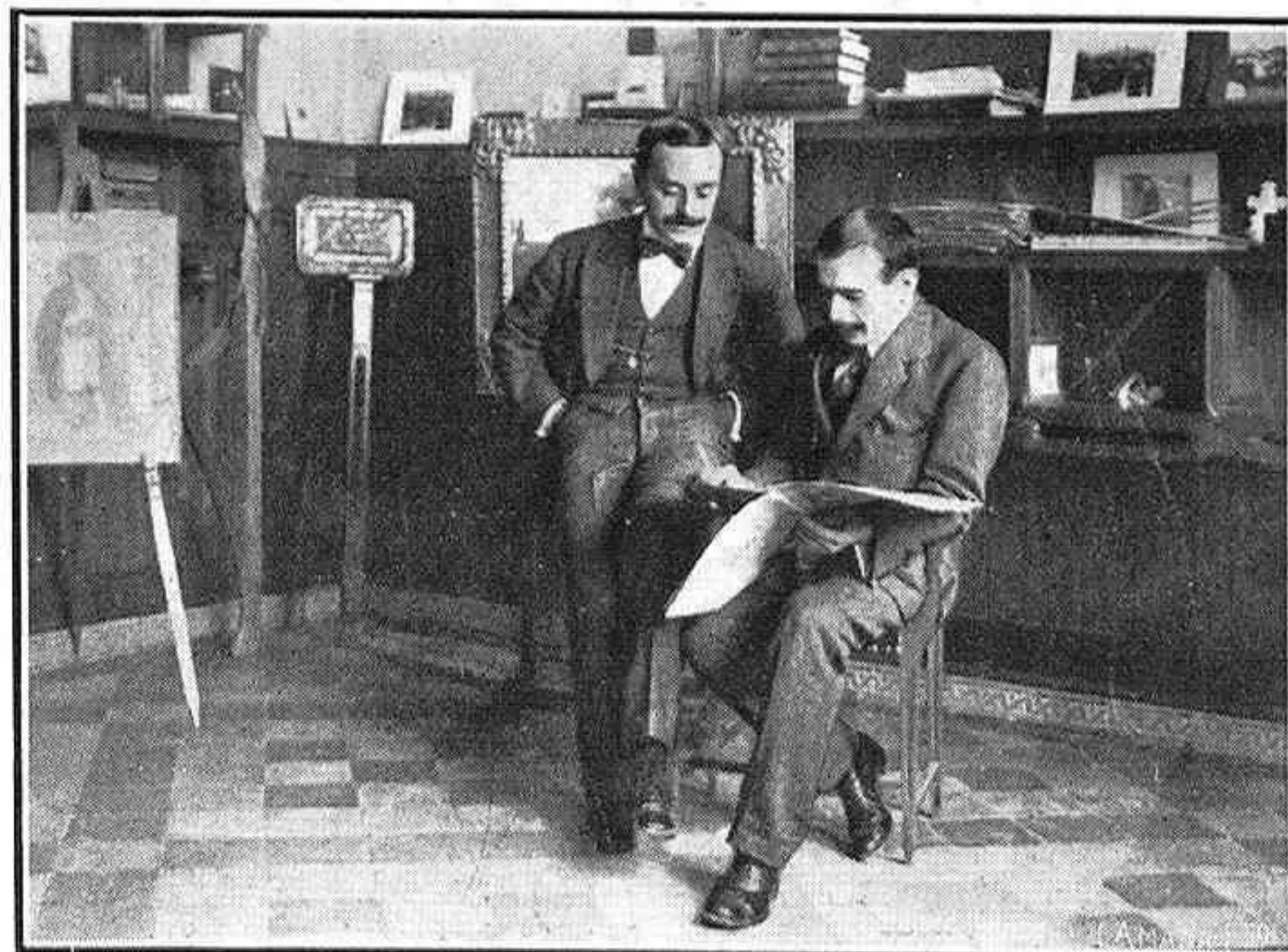
Hablaba en tono menor, aquí donde tantos gritan; quería expresar en cuadros impregnados de mansa ternura y dulcedumbre humilde la vida de la región en que naciera, mientras la turbamulta de los arrivistas ó de los mercachifles invadía los senderos estéticos como un nuevo alud de bárbaros en las ciudades bellas del paganismo.

Incansable acudía á las exposiciones con estos cuadros que aún no ha dejado de pintar. En cada uno de ellos parecen vibrar las estrofas

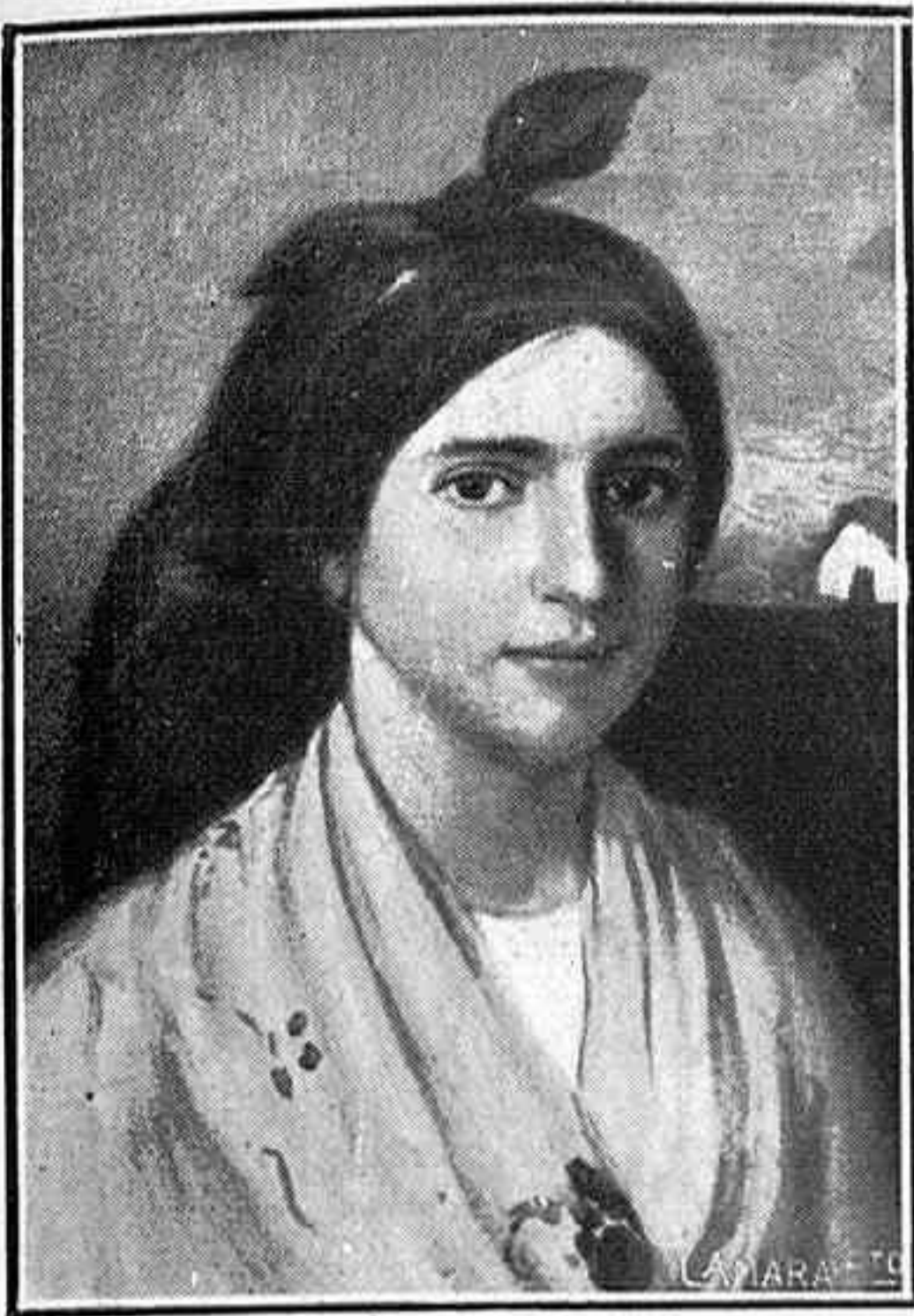
mojadas de lágrimas que escribía Vicente Medina. Pero fué preciso que pintara un cuadro de asunto humorístico, *A casa, que llueve*, para obtener una tercera medalla en la de 1904. Dos años después, en la de 1906, ya conseguía imponer su personalidad en el género que le es más propicio y más querido. Se titulaba el cuadro *Un bautizo en la huerta de Murcia* y fué recompensado con segunda medalla.

Así Medina Vera, consagrado ya como un pintor muy notable, adquirido el derecho á tarifar sus obras de un precio elevado, tuvo que acudir á la colaboración de los semanarios ilustrados. La herencia espiritual de aquel honrado maestro de Archena, era todo su tesoro de energías y fortalezas, le fijaba límites que otros, menos de acuerdo con la propia conciencia, franqueaban é imponían á su arte la norma sentimental de un sacrificio.

Llegan entonces los años de popularidad para Medina Vera. Su nombre se asoma en todas las revistas. Publica notas de color, aspectos de la vida murciana y madrileña; ilustra cuentos, no-



Inocencio Medina Vera, en su estudio, acompañado de su íntimo amigo Luis de Tapia



"Murciana"



"La vendimia"
(Cuadros de Medina Vera)



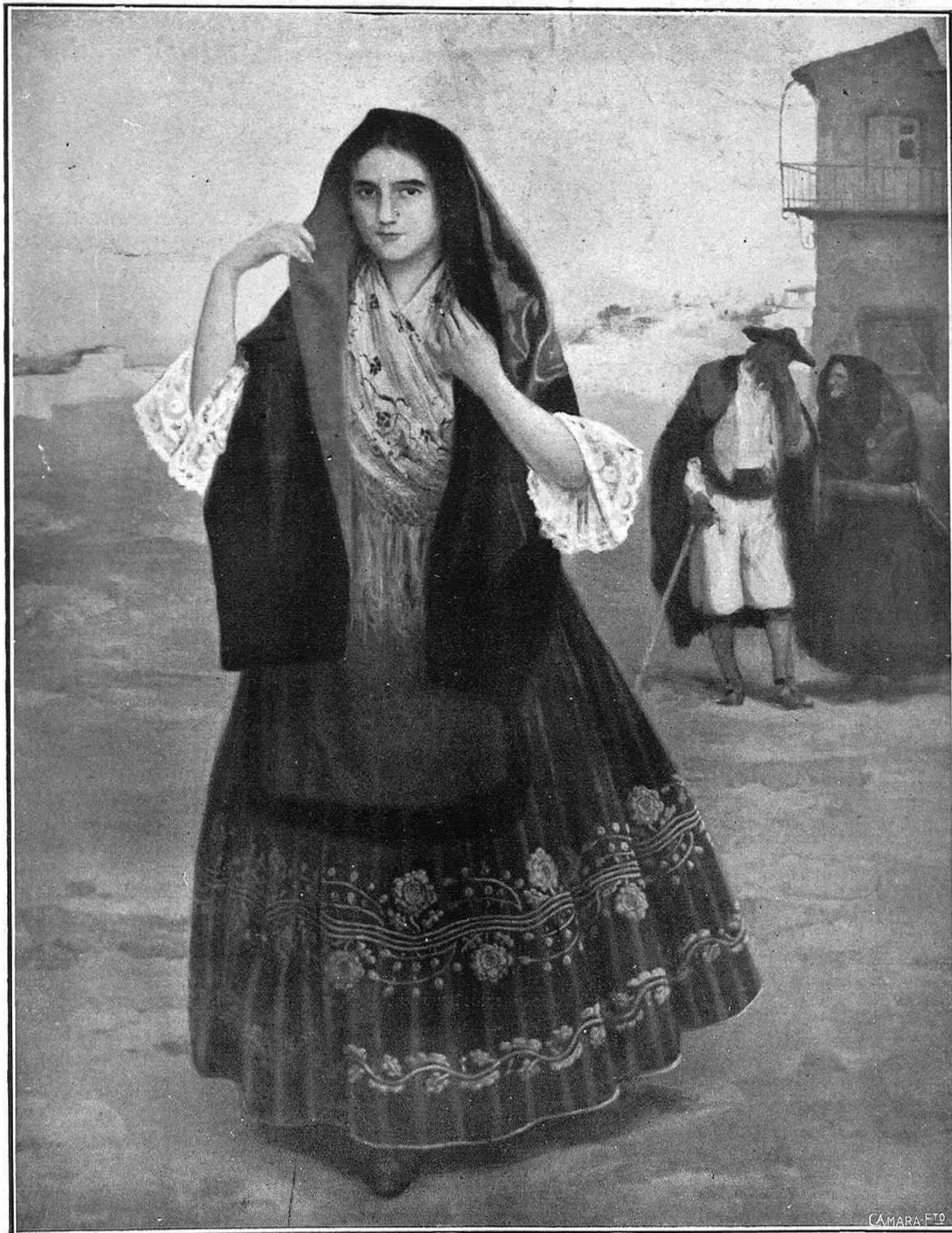
"Andaluza"

velas y poesías, dibuja caricaturas plenas de intención.

Aparece con estas últimas un aspecto nuevo de Medina Vera. Recordad sus páginas de *Alegría*, el semanario humorístico mejor orientado que hasta ahora se ha hecho en Madrid. Alternando con un competidor tan formidable y temible como Sancha, empieza Medina Vera a publicar páginas de la vida plebeya madrileña donde la observación aguda, el carácter representativo y la armonía decorativa formaban un conjunto admirable. Pocas veces el alma de Madrid ha sido interpretada con tanto acierto como en aquellos dibujos humorísticos de Medina Vera. A sus chulas postineras, á sus modistillas gentiles, á sus escenas de verbena, taberna, merendero y taller, se unieron las otras caricaturescas de episodios taurinos. Vea eso que llaman fiesta nacional con un gracejo inimitable y con un sentido inédito de la grotesca barbarie.

Pero no por ello abandonaba sus cuadros. Educada sus sensibilidad cada vez más, ampliado el dominio de su técnica, Medina Vera se desquitaba de aquellos dibujos que le hacían vivir pintando lienzos que le hacían soñar.

Y sin embargo, hubiera sido injusto despreciando sus dibujos. Tanto los que reflejan episodios y tipos de la huerta murciana, como los de asunto



"Fuensantica", cuadro de Medina Vera

madrileño, é incluso bastantes de las ilustraciones hechas á obras literarias de sus contemporáneos, tienen mérito positivo. Responden á una modalidad artística de nuestra época y serán el día de mañana documentos inapreciables de ella. En 1912, Medina Vera se decide á abandonar España.

Marcha Medina Vera á Buenos Aires y allí establece un taller de artes decorativas y dirige una revista de tanta importancia como *La Semana Ilustrada* que, escrita y dibujada por españoles, sostiene dignamente la competencia con las revistas bonaerenses.

Pero también, como todo español, Medina Vera lleva en la sangre el veneno sensible de los retornos á la patria ingrata. Ha vuelto á España. Nuevamente las revistas ilustradas publican dibujos suyos; en las Exposiciones nacionales presenta cuadros tan interesantes y bellos como *Un día más* y *Fuensantica*.

Como hace cuatro años, América le sonríe y le promete. Allí aguarda Vicente Medina que tampoco pudo vivir en España, y que en Buenos Aires ha conseguido hermanar la fortuna con el prestigio literario. Y otra vez el poeta y el pintor trabajarán juntos como en los días lejanos del desastre colonial, cuando surgieron de la humildad ignorada de un pueblecillo de la provincia de Murcia.

SILVIO LAGO

ATEN
BIBLIOT.
MADRID

MELANCOLÍA



¡Qué melancólica es la tarde!
 Cuando la tarde va vencida,
 siento una bruma que me invade
 y en mis oídos suena el eco de una saeta dolorida.

De una saeta que me dice:
 mira tu suerte, corazón;
 como este día que se apaga
 es de fugaz nuestra ilusión.

Llama de oro es nuestra vida,
 donde el espíritu, que es ave, como una flecha azul se lanza.
 Luego la sombra, que es la muerte,
 donde enmudece el loco trino del ruiseñor de la esperanza.

¡Qué melancólica es la tarde!
 Cuando el poniente todo es grana,
 hay un sopor sobre los campos
 de la llanura castellana.

De estas llanuras de mi tierra,
 tan lúminosas y tranquilas
 como los versos de Virgilio,
 con sus revuelos de colmenas y su lejano son de esquilas.

Donde los ríos sin espumas,
 mansos y limpios, en su curso tienen rumores de conseja,
 y que, marchando al horizonte, hacen zig-zacs y retornos,
 como un amigo que nos quiere y que, mirándonos, se aleja.

¡Qué melancólica es la tarde!
 Cuando la noche se avecina,
 tomo la senda del camino
 y hacia los campos soñolientos llevo mi planta peregrina.

Y junto al borde de la senda,
 y ante la tierra florecida,
 abro la vena inagotable
 de los recuerdos de mi vida.

De esta mi vida tan cansada
 de haber sufrido mil dolores,
 porque el dolor fué la posada donde acabó siempre sus
 el trainar de mis amores. [pasos]

Tanto he sufrido, que hoy mi pecho
 es una llaga abierta en flor,
 donde se clavan siete espadas
 como en el pecho del Señor.

Son las espadas de los odios,
 es el dolor de los engaños,

todas las furias que me hirieron
 y que, al herirme, hicieron vanas las alegrías de mis años.

¡Qué melancólica es la tarde!
 Cuando la tarde va vencida,
 siento una bruma que me invade
 y en mis oídos suena el eco de una saeta dolorida.

Los que lleváis dentro del alma
 ese tesoro inapreciable que es la divina poesía,
 ved cómo apaga en las llanuras, llenas de paz y rumores
 como los versos de Virgilio, su resplandor un claro día.

Y bajo el peso de la noche
 que abre su niebla honda y oscura,
 reviviréis vuestros dolores, y escucharéis en vuestro oído
 todo el pesar de la amargura

de esta saeta que nos dice:
 mira tu suerte, corazón;
 como este día que se apaga,
 es de fugaz nuestra ilusión.

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE ECHEA



DEL MADRID CASTIZO
 EL «FUSTA» Y LA «DIABLA»



Si un quinto se retrata con su puro escogido y su gesto altanero; un juez, sonriente, con un hacha asesina y un cráneo con más agujeros que melón jugado en las Vistillas ó en el Puente de Vallecas, hay derecho á que se retrate también la familia del señor Paco el «Fusta», que es á quien tengo el honor de presentar á ustedes, gracias á las gracias del lápiz burlón del compadre «Dhoy».

Vecinos de *Madriz*, *adjuntaos* á la parroquia de la Virgen de la Paloma é *inquiláos* en la rúa que dicen del Peñón de Francia, son, el señor Paco y Marciana, su consorte—la «Diabla» por mal decir—, los más conocidos del barrio ó barrios que limitan al Norte con la Plaza de la Cebá y finalizan al Sur con la Estación de las Pulgas.

Los *peques* son nietos de ambos.

El chico que lleva un pañuelo negro al pescuezo, dicen que lo amarra en recuerdo de su padre, que, según la «Sección de Sucesos», acabó haciendo burla á la Humanidad desde lo alto de una sogá amarrada á un árbol del Canal; la chica, su hermana, no lleva luto, como pueden ver los señores, y no lo lleva por mandato expreso de su madre, que lo prohibió terminantemente... ¿Grito de conciencia? ¿Duda? ¡Allá *cuidaos*; cuando ella lo mandó!...

¿Que cómo no está aquí la tal sujeta?

Muy sencillo. Hace ya *pa* seis meses que salió de casa, y como la pobre era un poco descuidada y no le acompañaba la memoria, pues seguramente se olvidó del número y la calle, y, es claro, *pus* no ha vuelto.

¿Que cómo viven los del grupo?

Veré de explicarme.

Oído:

La vieja, que en sus tiempos buenos fué aguadora de *postín* en el *Prao*, y más al atardecer *mamá* de cupletista, todo, como es lógico, con permiso del *cabeza*, se dedica, hasta que el sol muere en Guadarrama, á la busca y captura de criaditas guapas para ofrecerles casas superiores donde se trabaja poco, se come bien y se viste de seda y raso. De noche, bien por la del Turco ó la de la Montera, y muchas veces en *Pogreso*, *pegao* á Romanones, llora una letanía de lástimas que se traduce en perras chicas, y tal cual vez, quizá por afinidad, en perras gordas.

La pequeña, vende papel en Sol, camino de Arenal, y el mocito, coge colillas, abre portezuelas de coche, ablanda corazones con ataques *epilépticos*, que *dan lo suyo*, y alguna vez, si la cosa va mal, busca el rancho á la puerta de los cuarteles ó va á la *doctrina* á por las lentejas y la libreta dura.

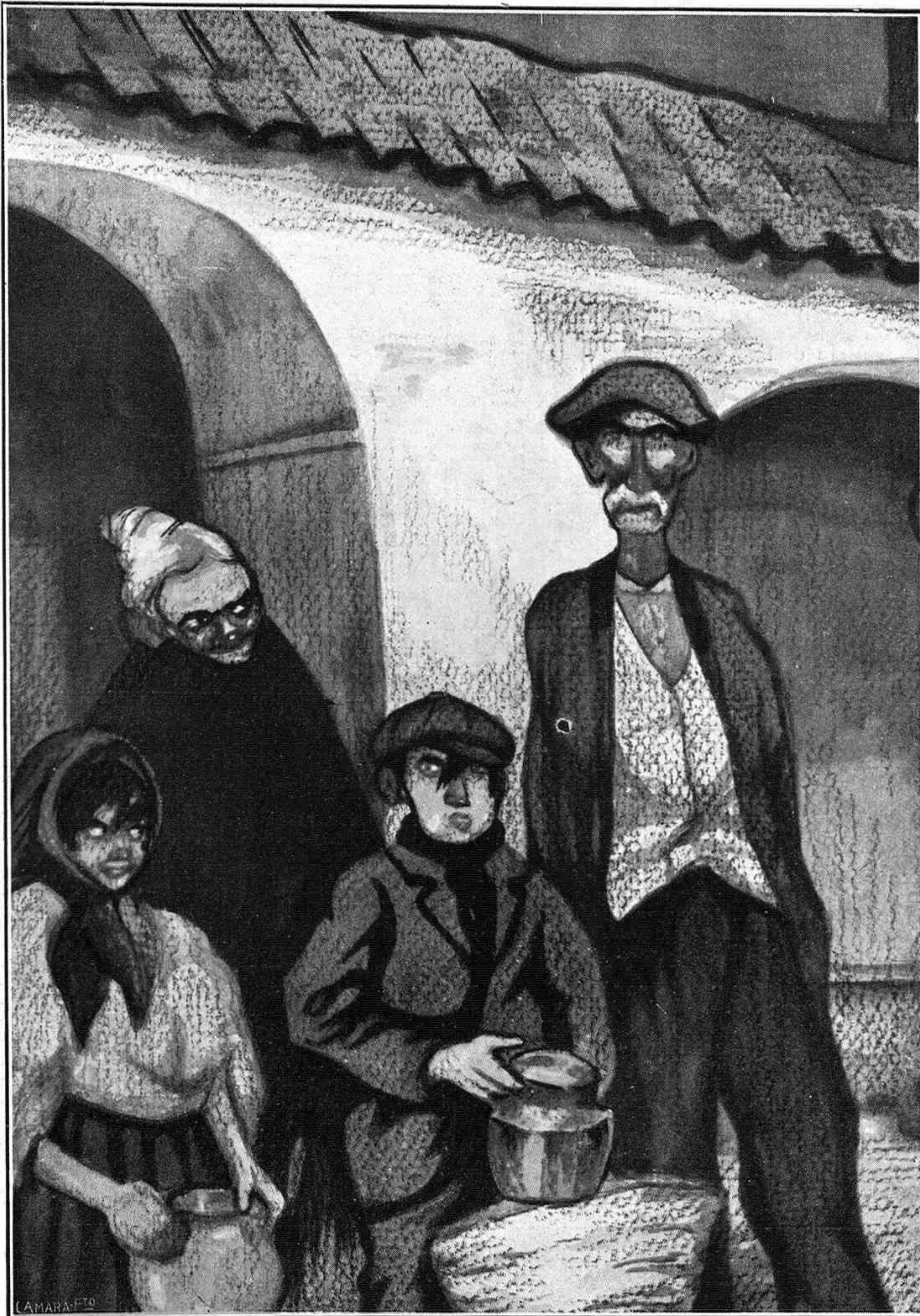
¿Qué hace el «Fusta» en el entre tanto?

Pues espera todas las *madrugás* á su gente, bien jugando al mús ó al dominó, y un si es no es *tupinambizao* en el Tupi-Vini de Salvador el «Guitarra», que se aposenta con sus pellejos á la derecha de la heroica lata del amigo Cascorro.

Esta es la gente que «Dhoy» ha cazado con viveza de primer premio del Tiro nacional, y que yo tengo el empinado honor de reñear, para gloria de mis coetáneos y vecinos.

Los pobres no son malos; pero... buenos, tampoco... Hacen lo que hacen porque no han tenido la suerte de venir al planeta con parentesco ministerial, ni con el *lao* izquierdo bastante á lidiar toros y así convivir entre nobles é intelectuales, y porque, además—esto es de propina—, la perra suerte no les ha *dao* saber ni frescura bastante para falsificar estampitas del Banco ó ser *jar-dinero* mayor del Ayuntamiento.

¿Que el señor Paco es más vago que la chaqueta de un peón caminero? ¿Y qué va á hacer el pobre, si nació con tan duro mal? Además, que si su actividad iba á ser á la manera de la de



algunos de esos concejales que se retratan con la cincha verde y los guantes protectores, mejor es así.

Esta es la familia de D. Paco, el «Fusta», que, como tantas otras del paciente pueblo del *gato* y la *acacia*, responden á los versos del soneto que un pícaro y andariego poeta escribió para su mal, y que dicen de este modo:

.....
este pueblo borracho, sucio, que come mal,
se sujeta las bragas con el cordón de Asís.

Probablemente este cordón es el mismo que empleará el papá del chico de la olla para li-

brarse de pagar al casero, y que seguramente, por mala entraña, merecería una *mojá*.

Pero eso sí que no puede ser; al hijo de Madrid no le gustan los dramas más que en el teatro, ni la sangre más que con cebolla. ¡Hace un estómago!...

De ahí el que servidor haya *quitao* de su despacho, ó si se quiere de su taller, un retrato del Cid Campeador, regalo de un *melitar* que se trajo de Cuba unas calenturas *tasás* en ochenta mil duros y lo haya sustituido por uno de don Luis Candelas.

Y á mucha honra...

¡Naturalmente!

FERNANDO MORA

DIBUJO DE DHOY



ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL
 LOS SARCÓFAGOS MEDIOEVALES DE VILLALCÁZAR

PEQUEÑOS, redondos é irregulares alibajos marcan el escaso relieve de la llanura en la alta y seca meseta de la comarca palentina, que divide las aguas del Carrión y el Ucieza.

En el suave declive de uno de estos pequeños alibajos, yergue su hombro decrepito, cansado del peso de los siglos y de la incuria de los hombres, Santa María la Blanca, la iglesia parroquial de Villalcázar de Sirga, hoy resto acéfalo del cenenario alcázar que fué cenobio, altar y fortaleza, á un tiempo, de los caballeros Templarios. A su torno, sigue la mansa ondulación de la casi inapreciable colina, el pardo caserío del pueblo á que diera nombre el derribado alcázar.

Poco queda ya en pie del castillo y convento de aquella archimilicia. La furia inexorable de los tiempos y la torpeza inconsciente de los hombres dieron al traste con la torre elevada del vigía, con los matacanes y almenas de la fortificación y con las habitaciones de los misteriosos caballeros.

Pero ofrécese aún á la contemplación del crítico una apreciable parte del templo levantado en el último tercio del siglo XII, cuando el hieratismo románico de la ornamentación escultórica empezaba á vestir las galas sutiles del espiritualismo ojival.

El amplio pórtico que da sombra á la puerta abierta al mediodía del templo, descubre aún la espléndida existencia de la antigua bailía. En su fondo, doble serie de columnas franquea la puerta de entrada y otra doble serie de nichos cubre las desnudeces del inmenso hastial. Las columnas, en planos sucesivamente alejados, sostienen los apuntados arcos precursores del goticismo, cuyas dovelas, guarnecidas con delicadas figuras de ángeles y bienaventurados, dejan atisbar ya el vago indicio de la factura y de la vida que distinguió, más tarde, á la plásti-

ca admirable de los Ghiberti y Donatello. La alta, doble y trilobulada arcada cobija imágenes de santos magistralmente esculpidas que, en la serie inferior, preside la Virgen y en la superior el Salvador, rodeado del grupo simbólico de los evangelistas.

El reducido espacio que media entre la clave y los nichos fué sellado posteriormente, por los señores de Echeberri, con el escudo simbólico de su nobleza titulada.

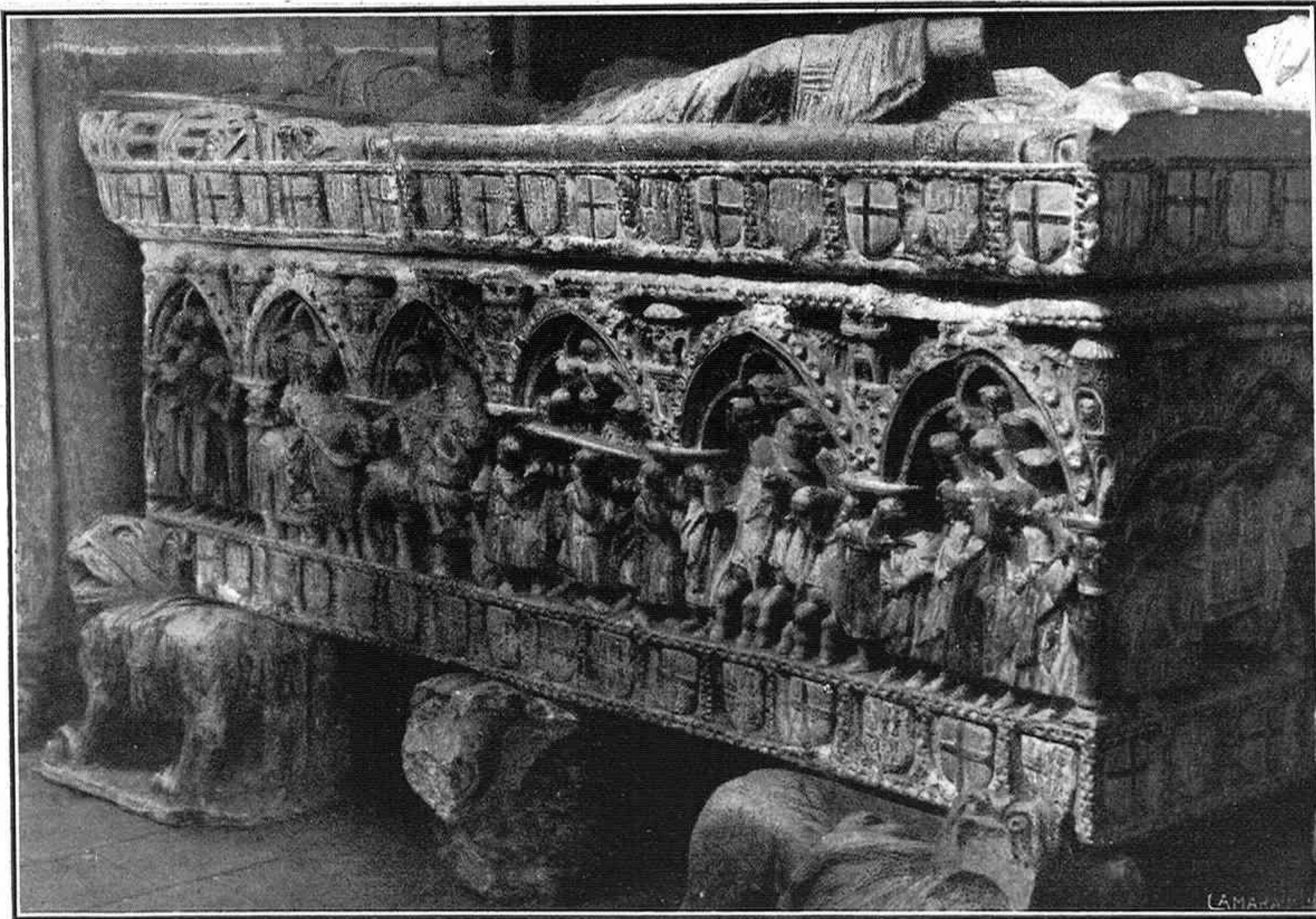
Cuando trasponemos los magníficos arquivoltos de la entrada, baña el templo una luz cobarde y macilenta que entona con la rancia humedad de sus rincones. En el más lóbrego y obscuro, apretados entre los paños de las pilastras en que descansa el maderamen del coro, aparecen los magníficos enterramientos del infante Don Felipe, hermano de Alfonso X el Sabio, y de su segunda esposa, dama de la discolpa y siempre rebelde familia de los Laras.

Yace allí el quinto hijo de Fernando III el Santo y de Beatriz de Suabia; el discípulo del arzobispo Don Rodrigo, en las aulas de Toledo, y

calor de su enlace, en segundas nupcias, con la que yace bajo el arco frontero.

Cátedra de la indumentaria al declinar el siglo XIII, modelo, en su género, entre los más bellos monumentos de esta centuria, el sarcófago que guarda los restos de Don Felipe adquiere su máxima importancia y singular estima en la imaginaria ornamental que, bajo la graciosa arcatura, presenta los últimos momentos del personaje.

Corre lobulada arquería á lo largo de los frontales de la urna, cobijando sus delicados lóbulos bajo amplias, severas y colgantes ojivas cargadas con relevadas copias de fortificación, que exornan tréboles y cuadrifolias. Doblan el zócalo y lados de la tapa espacios cuadrilongos, en los que alterna con la roja cruz del Temple, el nobiliario y cuartelado escudo de la estirpe, blasonado por las águilas de Suabia y el castillo de tres torres de la casa paterna. Y bajo la pendiente y trilobada arcada, apoyada á



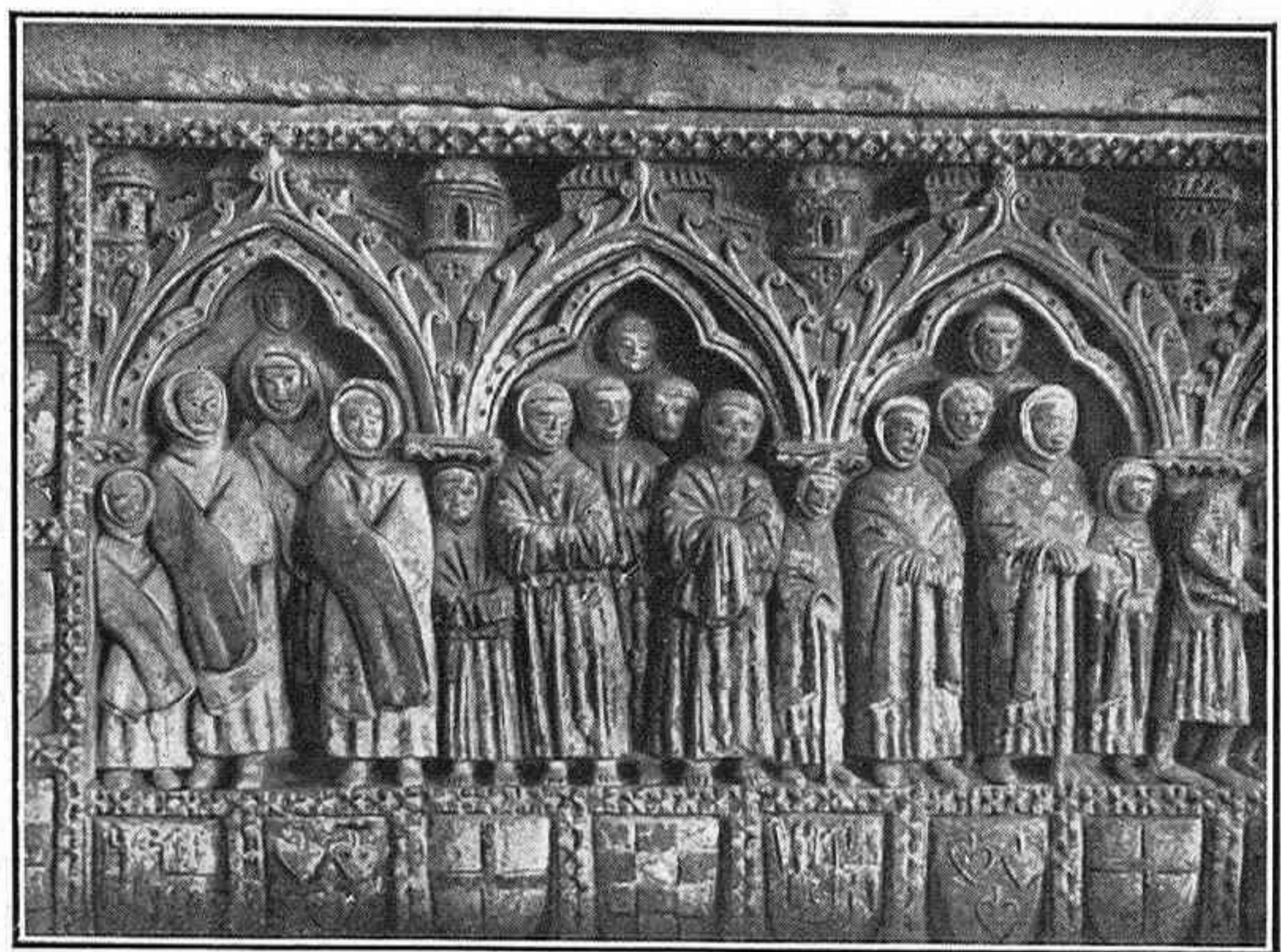
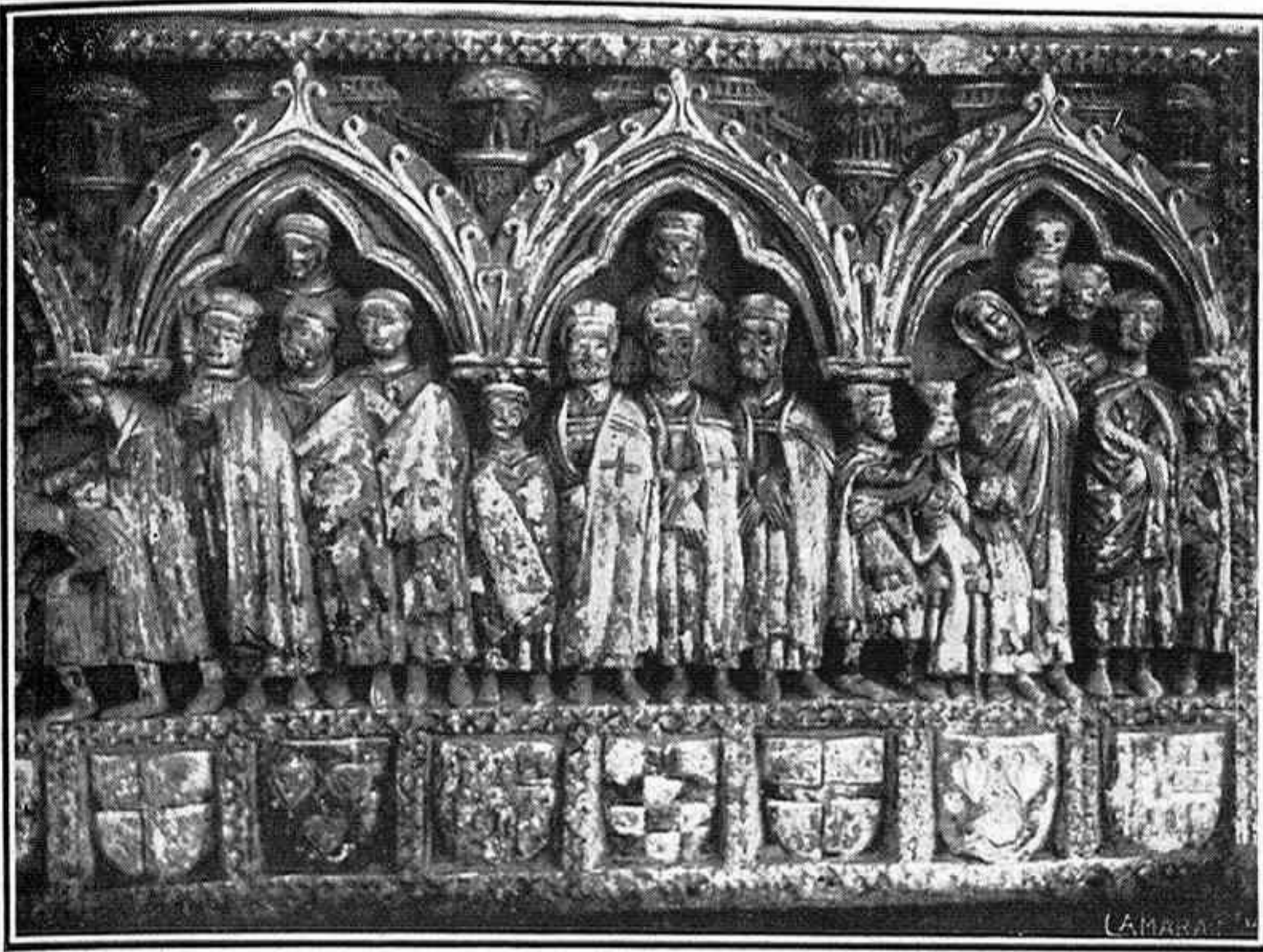
Hermoso sepulcro del infante Don Felipe

alumno de Alberto Magno, en las de París, condiscípulo de Santo Tomás de Aquino y de San Buenaventura, abad de Valladolid y de Covarrubias, y primer arzobispo electo de Sevilla, que tanta dignidad y tan elevados honores hacinó el soplo inexorable de la muerte en esta urna incomparable, que ha resistido á la conjuración de los tiempos aún más que á la deplorable indiferencia de los hombres.

Agitada nuestra imaginación al vago rumor de vida romanesca evocada ante el trofeo de la muerte á que da obscuro, manso y solitario asilo Villalcázar de Sirga, vemos erguirse la sombra fúsdica del bullicioso Infante, que hijo de un Santo y educado para la grada de los altares, abrió el ciclo de sus agitaciones y revueltas, al



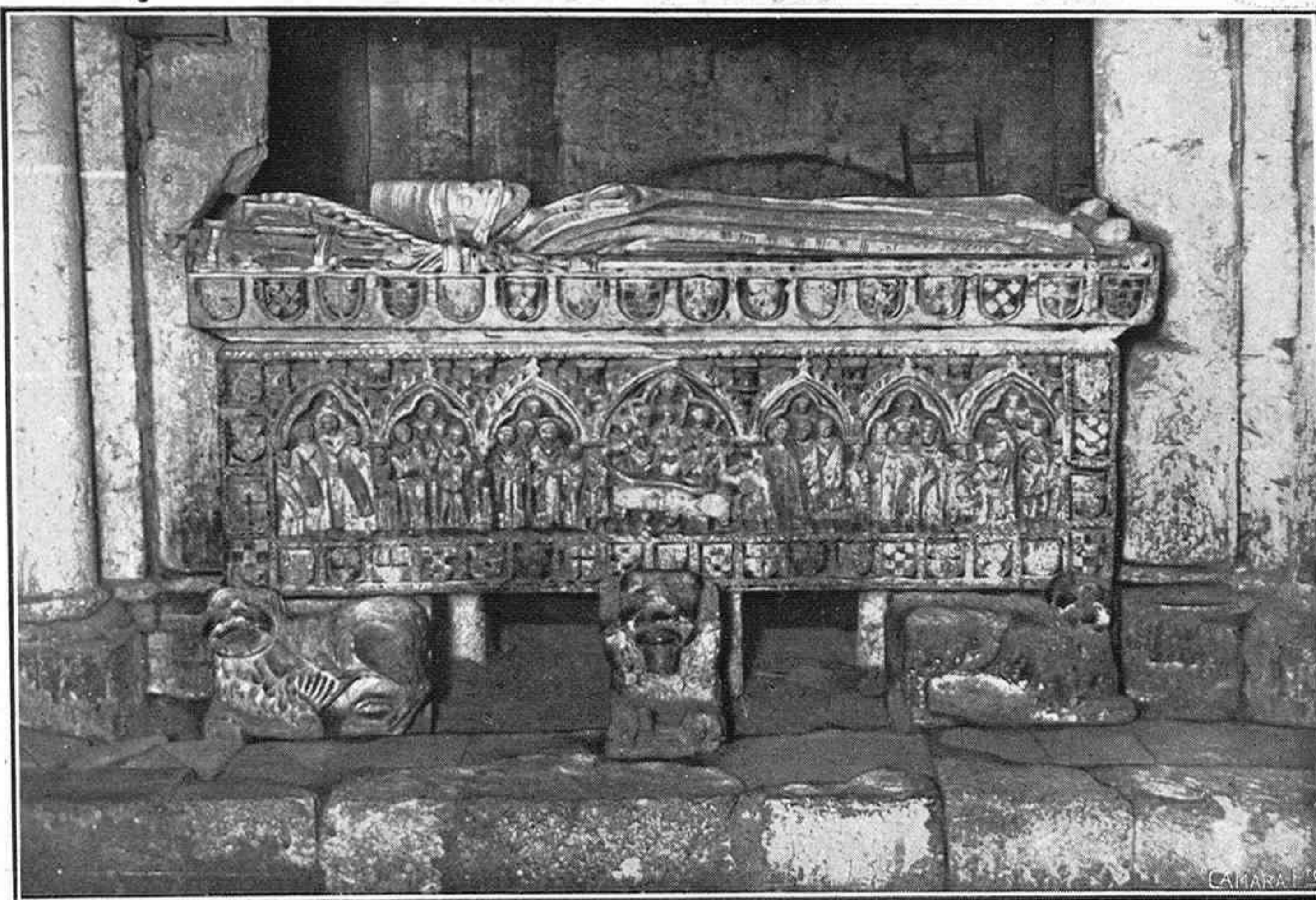
Detalles del sepulcro del infante Don Felipe



Detalles del sarcófago de Doña Leonor Rodríguez de Castro

veces en lindos relieves, á guisa de cariátides, pueden seguirse de arco en arco los principales episodios de los funerales del Infante.

Trompeteros y heraldos, escuderos y pajes, abades y próceres, frailes y caballeros templarios con la cruz al pecho, dueñas y freilas de la orden militar de Santiago cortejan el féretro, conducido en hombros de escuderos; allí el caballo de batalla del Infante, que luce, en su gualdrapa, cuarteles de águilas y castillos y cuelga del arzón el escudo invertido en señal de duelo; ora las endechadoras que, en su venal ministerio, cantaban lastimeramente, en cierta manera de romance, las hazañas del magnate; ora la viuda lacrimosa sobre enlutado corcel, acompañada de sus dueñas ó monjas — cuyos rostros encubren con singulares barboquejos y originales rebo-ciños—, precedida de una cabalgata que le da guardia y seguida de asalariadas plañideras que, entregadas al dolor oficial é hiperbólico, *facen el llanto*, mesándose el cabello é hiriéndose el rostro.

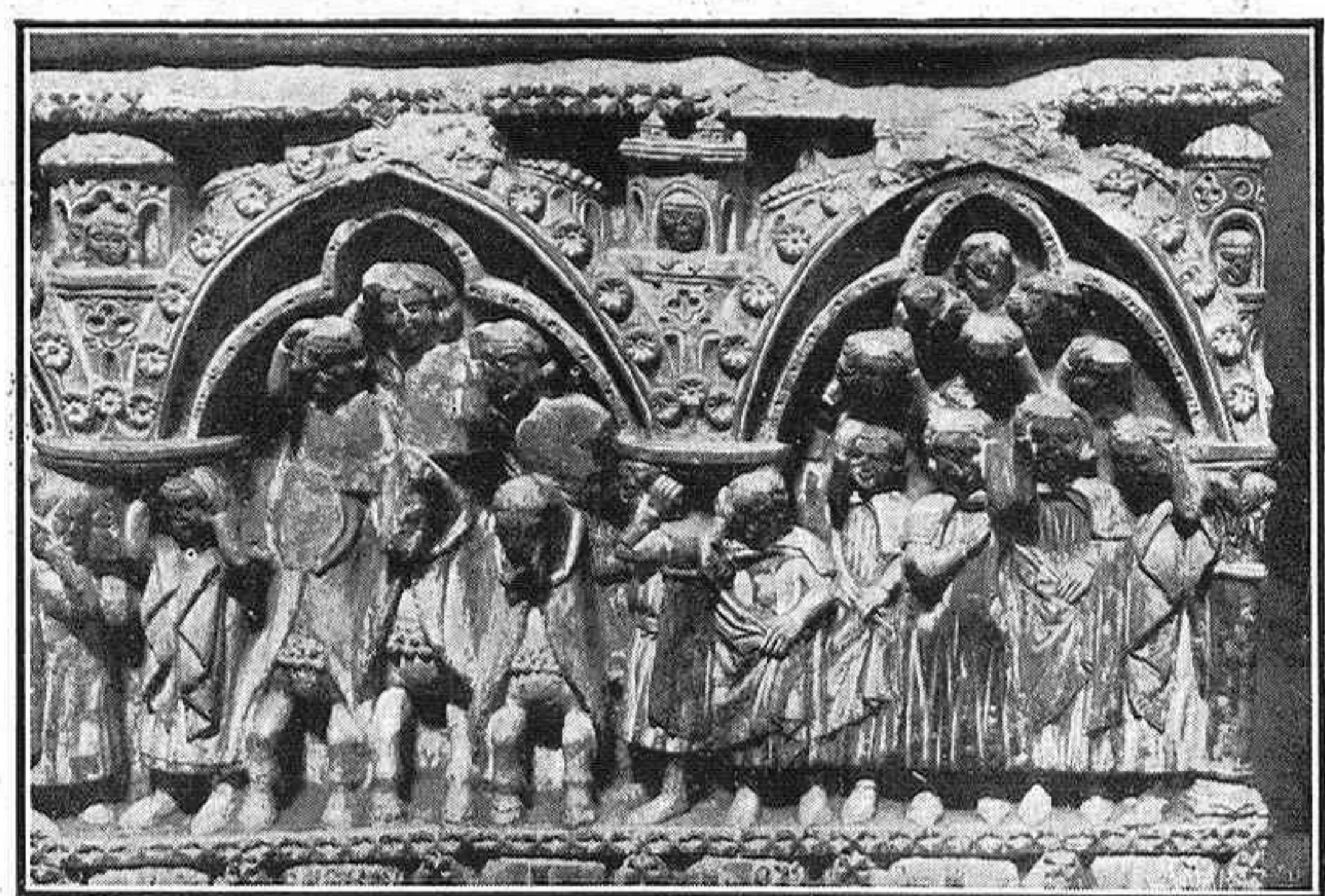
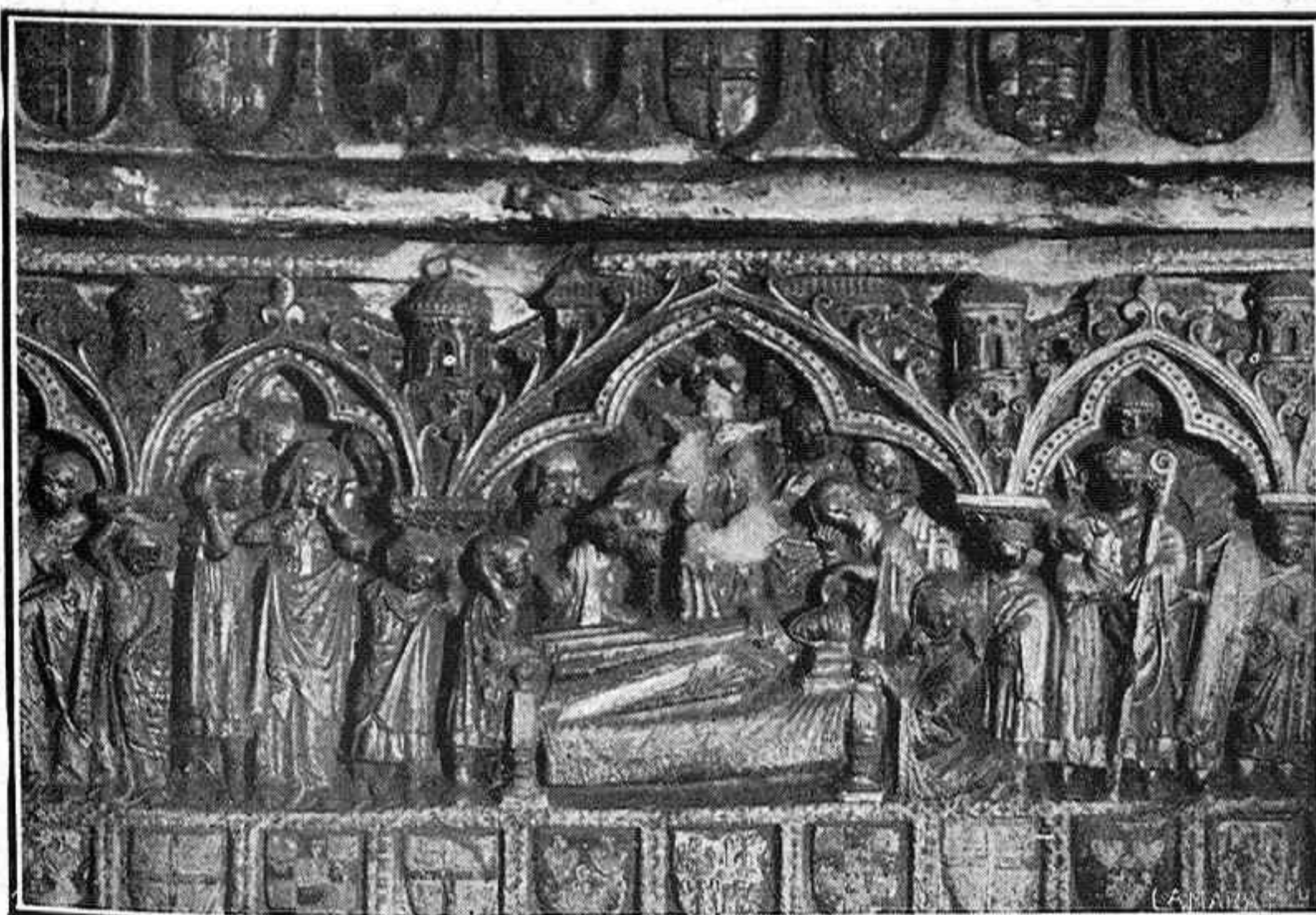


Sarcófago de Doña Leonor Rodríguez de Castro

Un bello, extraño y original cuerpo de arquitectura cobija, en alto relieve, la estatua yacente, en cuyo rostro aplastado resaltan, cerrados, sus ojos prominentes; cubre su cabeza un bonete con orejeras y sujeta su manto al pecho con el *firmale*. En su mano izquierda muestra el rapaz, valiente y adiestrado halcón, y á sus pies un perro y un lepórido nos hablan las pacíficas inclinaciones del personaje, que en la diestra empuña la espada vocinglera de sus desvaríos y quimeras.

La urna frontera guarda los restos de la segunda esposa del Infante, que se llamó en vida Leonor Rodríguez de Castro, hija de D. Rodrigo Fernández de Castro — por otro nombre Gerardo, Vizconde de Cabrera— y de Doña Leonor González de Lara.

Todo esto y más puede admirarse en los bellos sarcófagos de Villalcázar, donde el cincel y el mazo reflejan, con los mágicos resplandores del arte, el nivel de la plástica, el desarrollo etnográfico y la fisonomía pintoresca de nuestro pueblo al finalizar el siglo XIII.—ESTEBAN CRESPO

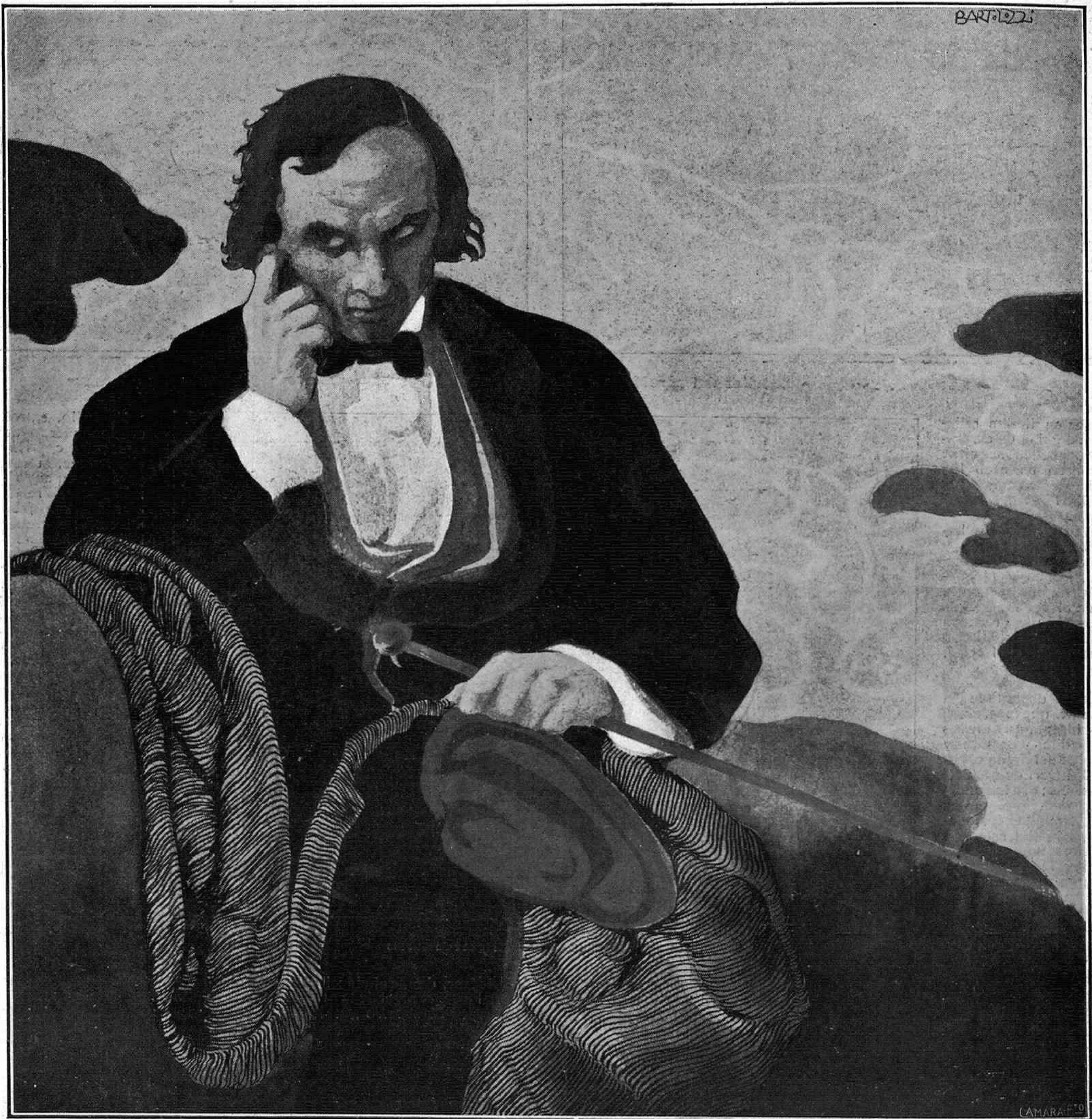


Detalles del sepulcro de Doña Leonor Rodríguez de Castro

FOTS. CRESPO Y ALONSO



SONETOS



LA MENTIRA DE LEJOS

Es iluso el cerebro, los ojos son ilusos;
no vemos sino sombras, escorzos y perfiles,
y de noche, en el campo, en los lindes confusos,
las raíces del árbol nos parecen reptiles.

La mentira, de lejos, verdad se nos figura,
como la roca escueta, un cetáceo dormido,
y en medio del delirio de intensa calentura
vemos, alucinados, lo que nunca ha existido.

¡Oh, cielo, de los ojos cansados engañifal
¡Oh, ilusión halagüeña de la inquietud erótica,
por de dentro haraposa y por fuera jarifal

¡Oh, mar, de mis angustias sempiternas amparo,
—masa revuelta siempre, eruptiva y caótica—
eres azul de lejos y de cerca eres claro...

LA MUERTE

Ya la sonrisa se cuajó en tu boca,
tu boca desdentada, ayer purpúrea;
dió con el juicio, al fin, tu mente loca.
¡Adiós, carne de mimos, epicúreal

Envidiosa nivelas al pequeño
con el grande; lo obscuro con lo claro;
en calavera tornas el ensueño
y dejas maldiciendo al desamparo.

A lo que en vida fué poder y lujo
«inri» de polvo para siempre pones
—risa al amor del mísero cartujo—.

Y parece decir: «¡Bello contrastel
¡Aquí está—véla bien—, hecha jirones,
la rica tela de oro que admirastel»

TRISTEZA PRIMAVERAL

Ya las tardes son largas, ya las tardes son rojas,
y en el mar el sol hunde su disco de escarlata
y los olmos empiezan á cubrirse de hojas
y las olas se rompen en cíngulos de plata.

El aire polvoroso, de amarilla neblina,
tiene como sopores de siestas tropicales
bajo el halo bermejo que en el éter culmina
con luz de caprichosos fuegos artificiales.

¡Qué languidez me invade que describir no aciertol
¡Qué ganas de morirme, de soñar, de quejarme,
y qué horror á pensar que un día estaré muertol

¡Oh, primavera lírica, melancólica, ignita,
que en tus rubios efluvios de amor al anegarme,
doras mis agonías de tristeza infinital

DIBUJO DE BARTOLOZZI

Emilio BOBADILLA
(Fray Ca'di)

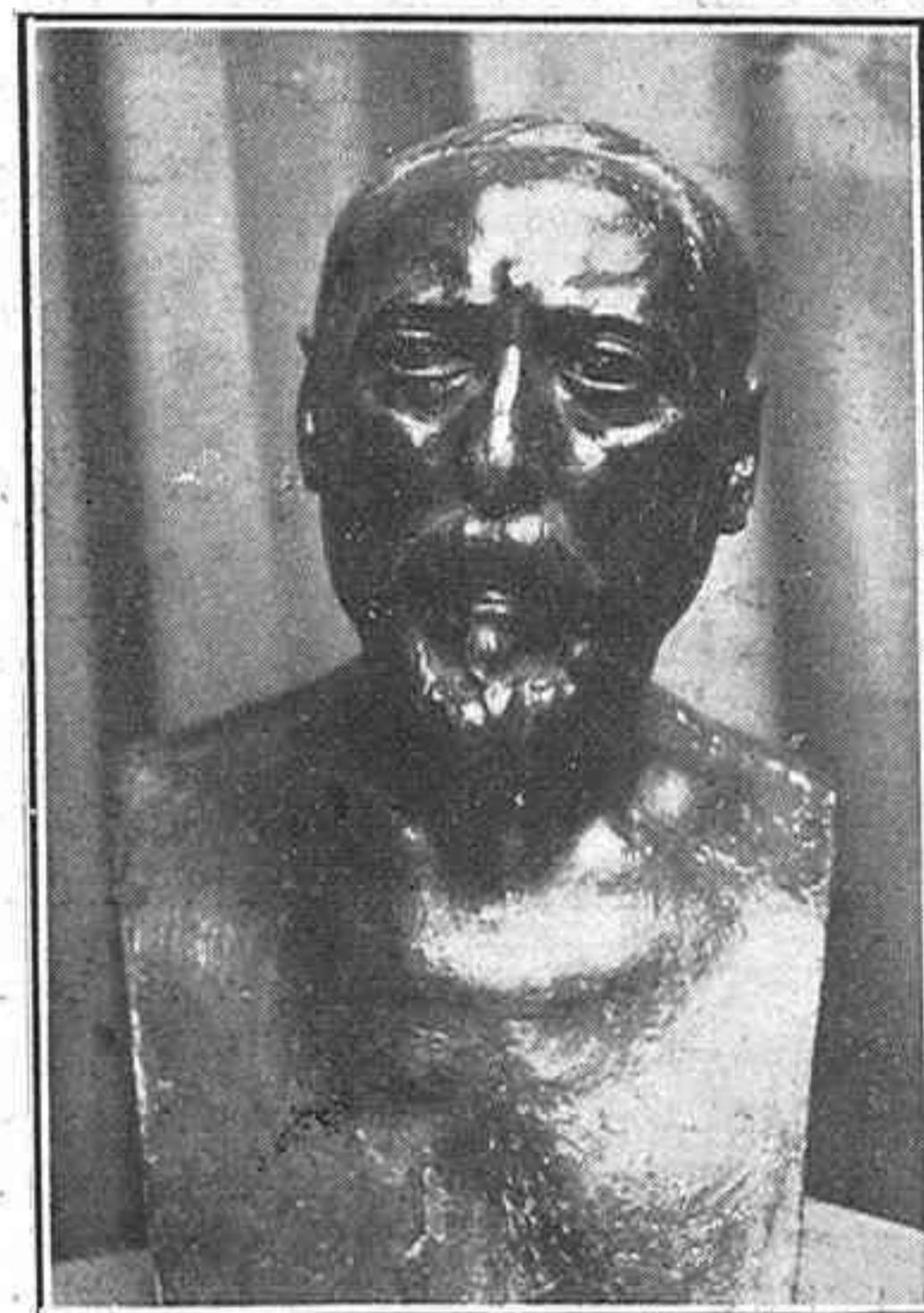
BELLAS ARTES
LOS ARTISTAS VASCOS



"Marino vasco", busto en madera policromada, por Quintín de Torre



Rincón de una sala de la Exposición, con obras de Pilar Zubiaurre, Carmen Baroja y Quintín de Torre



Busto-retrato en bronce, del pintor Guinea, por el malogrado escultor Mogrobejo

UN poco tardíamente, ya que las primeras lluvias invernales encharcan los paseos y pudren sobre el suelo las hojas que eran ornato áureo y melancólico sobre los árboles enfermos de otoño, se ha inaugurado en el Palacete de Exposiciones del Retiro la de los artistas vascos.

Se debe esta importantísima manifestación artística al entusiasmo y á la actividad incansables de ese hombre tan simpático y de ese pintor tan extraordinario que se llama Gustavo de Maeztu.

Cerca de doscientas cincuenta obras ha logrado reunir como muestras elocuentes del arte vasco contemporáneo. Ningún aspecto falta. Hallamos cuadros, esculturas, metalisteria, vidrieria, esmaltado y cerámica, dibujos, aguas fuertes, proyectos arquitectónicos, etc.

Un gran espíritu renovador caracteriza á los artistas vascos. Sobre todo sus pintores han sabido interpretar, dentro de las diversas modalidades de cada temperamento, el significativo dualismo de su raza.

Así son á un tiempo mismo melancólicos y fuertes, lánguidos y altivos, audaces y tímidos, exaltados hasta un idealismo casi enfermizo y modelados dentro de un sólido respeto á la realidad, influidos de ajenas tendencias y brotados, sin embargo, de las entrañas mismas de la tierra que les

de los horizontes hace sonreír, á ellos y á sus corifeos hace abrir la boca como papanatas en feria. Cinco artistas se destacan de un modo afirmativo é irrefutable,

con una distancia enorme sobre el resto de los expositores: Valentín y Ramón de Zubiaurre, Darío de Regoyos, Gustavo de Maeztu é Iturrino.

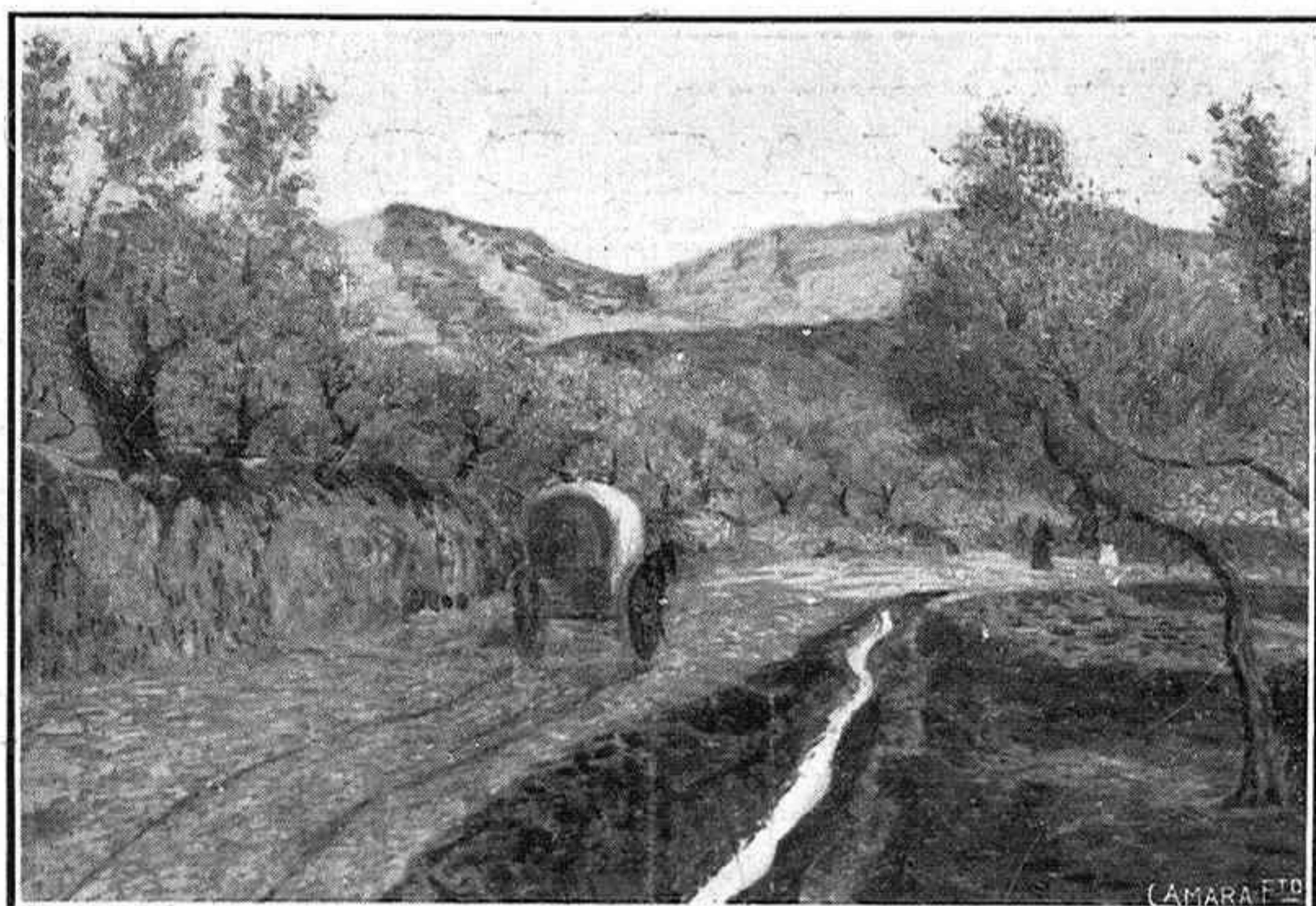
El cuadro más hermoso de esta exposición y que á pesar de estar pintado hace varios años era desconocido todavía en Madrid, lleva la firma de Valentín de Zubiaurre. Nunca, ni aun ahora que el joven maestro ha llegado á perfecciones que le eran inéditas, ha pintado Valentín Zubiaurre nada tan fuerte, tan sugeridor de emociones y tan poderoso de técnica como *Versolaris*.

He aquí una obra capaz de retar á todas las del Museo de Arte Moderno. Fórmanle corte de honor otras del propio Valentín, las de su hermano Ramón—¡oh, esos admirables *Remeros de Ondárroa* que á los cretinos y á los mal intencionados indignó en la última Nacional—y un desnudo

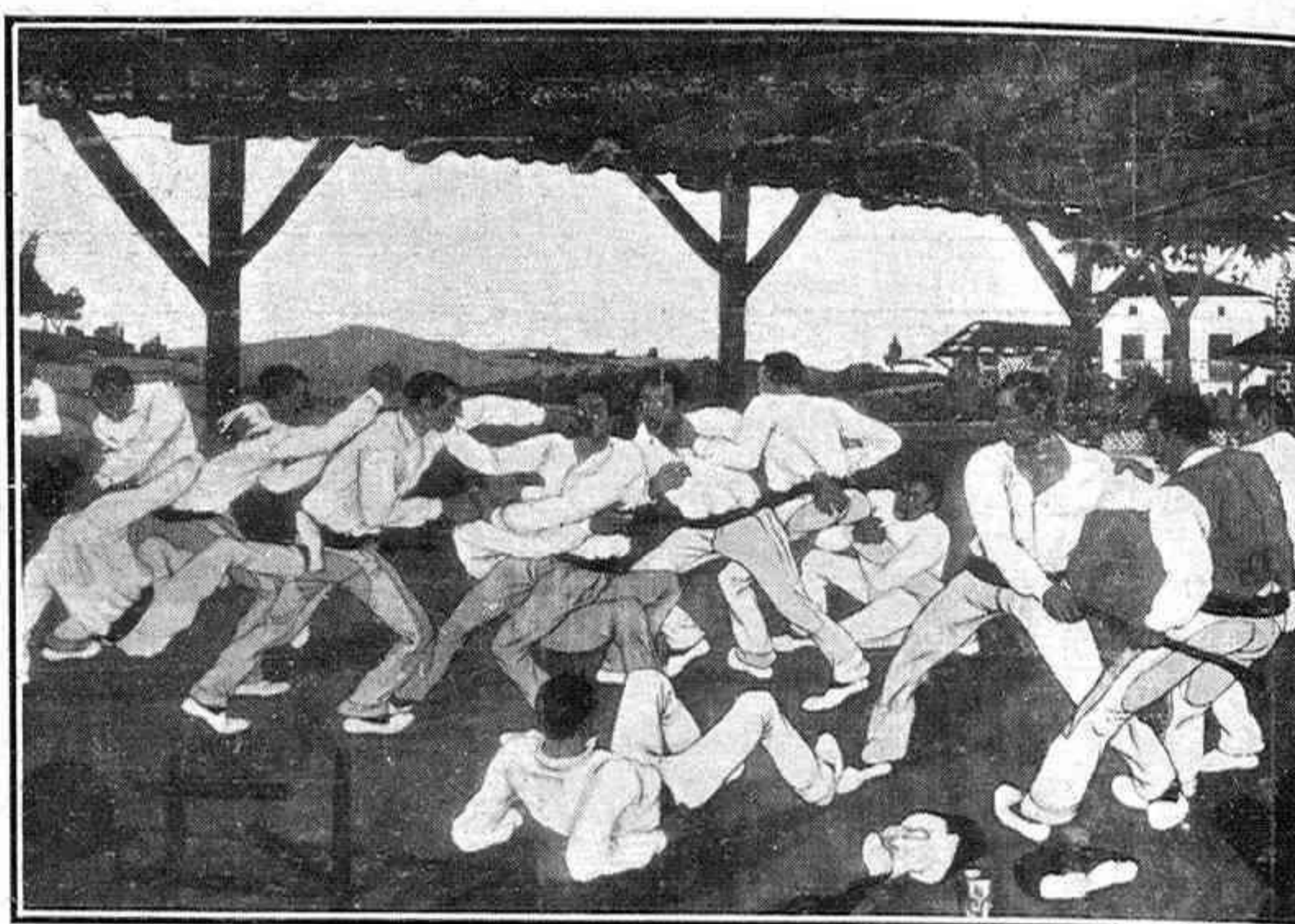


"El ciego de Calatañazor", cuadro de Gustavo de Maeztu





"Camino de las neveras", cuadro de Darío de Regoyos



"Discusión de una jugada", caricatura de José Arrúe

de mujer firmado por Gustavo de Maeztu. Es por lo tanto esta sala, una de las dos de honor en que debe el visitante descubrirse con admiración y respeto.

La otra es la de Darío de Regoyos.

¡Cómo el alma se amplía y se exalta y se baña en sublimes magnificencias al verse frente a los paisajes del artista que la muerte se llevó todavía demasiado pronto! Asturiano de origen y vasco de propia elección, Darío de Regoyos supo comprender todas las excelencias de la escuela impresionista francesa, antes de que la prostituyeran los *snoobs* de última hora. Hermano podría ser de aquellos extraordinarios Manet, Monet, Renoir, Degas, Pissarro, Sisley. Padre pudo llamarse de los paisajistas vascos actuales, ya que todos, unos más, otros menos, han visto la naturaleza á través de los lienzos magos del maestro.

Se acercaba al paisaje como un iluminado, «con franciscano amor», ha dicho alguien muy justamente. Diversos aspectos de España interpretó Regoyos y dándoles á cada uno su expresión característica, les ligaba á todos en la íntima y acariciadora ternura de su propio espíritu.

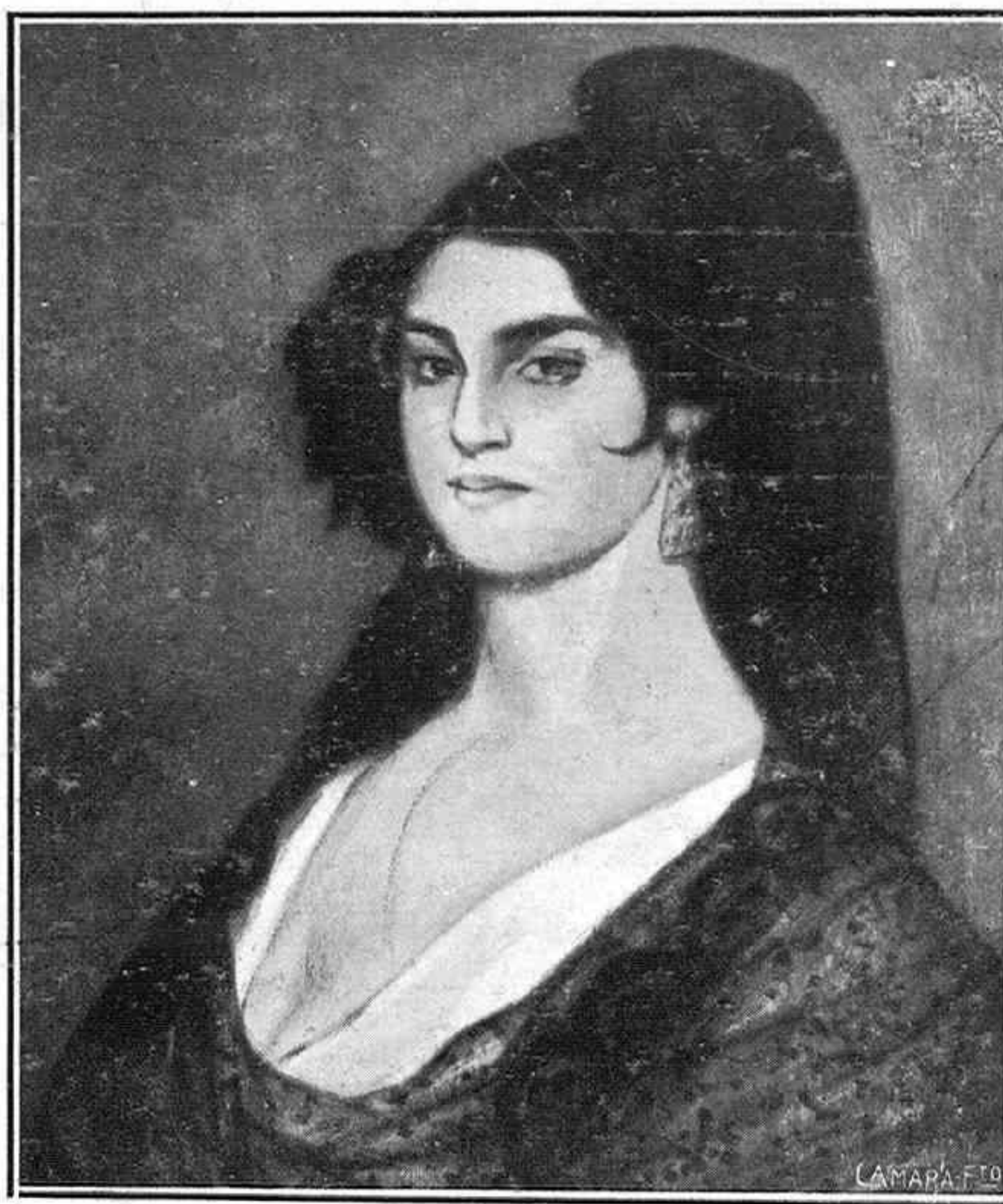
Gustavo de Maeztu, es el pomposo, el embriagado de carnaciones femeninas, el deslumbrado de luminosas gamas que trasmite en toda su intensidad. Cantos aislados de un gran himno á la raza son sus cuadros. Trata el color como un escultor los bloques de mármol. Sensación de gigantescas esculturas pictóricas dan sus creaciones. Es como un esmalista poseedor de todos los secretos de las rutilantes gamas que tuviera la sed de grandiosidad que Miguel Angel sació en el panteón de los Médicis y en los frescos de la Sixtina; que tuviera también el instinto—ya encauzado hacia la consciencia—colorista de un Anglada ó de un Brangwyn.

Por primera vez puede juzgarse en España con suficiente conocimiento de datos

la obra de otro gran artista vasco: Iturrino. Hallamos dos épocas del maestro: la representada por sus lienzos recientes y la que expresan las aguas fuertes. Lamentamos que la falta de espacio nos impida hoy razonar, porque preferimos las últimas á los primeros. No por ello abandonamos á la tentación. A Iturrino consagraremos un próximo artículo, ya que será el más discutido, por ser el *leader* de la tendencia post-impresionista de esta exposición. Señalemos de antemano un elogio á sus aguas fuertes coloreadas que marcan un cánón estético del género y que precisamente son obra de juventud, de cuando Iturrino vivía en París y le hizo el belga Evenepoel un retrato que se conserva en el Museo de Gante.

Siguen en importancia y méritos á estos cinco artistas, los retratos de Alberto Arrúe y Lucio Urbina; un retrato de señora y un retrato decorativo de niño rodeado de sus juguetes pintados por Guezala; los lienzos de Echevarría que tuvimos ocasión de ver y celebrar en una reciente exposición del Ateneo; las vidrieras artísticas de Nemesio Sobrevilla; un cuadro de Aurelio Arteta; los repujados y cincelados de Pilar Zubiaurre y Carmen Baroja; los esmaltes de Ricardo y Ramiro Arrúe; las caricaturas de José Arrúe y de Arcaute; el retrato del pintor Guinea; busto en bronce modelado por Mogrovejo—¡lástima que no hayan podido reunirse más obras de este malogrado y meritiísimo escultor!—; una pequeña escultura de Quintán de Torre y sus dos tallas policromadas.

Todos ellos y alguno cuyo nombre escapará ahora á mi memoria, son dignos de más detenida atención y más extenso comentario, ya que significan un entusiasta y valioso esfuerzo de renovación y de modernidad en el actual renacimiento artístico de nuestra patria, iniciado en la bravía Vasconia por Ignacio Zuloaga y por Guinea.



"Manola", cuadro de Alberto Arrúe

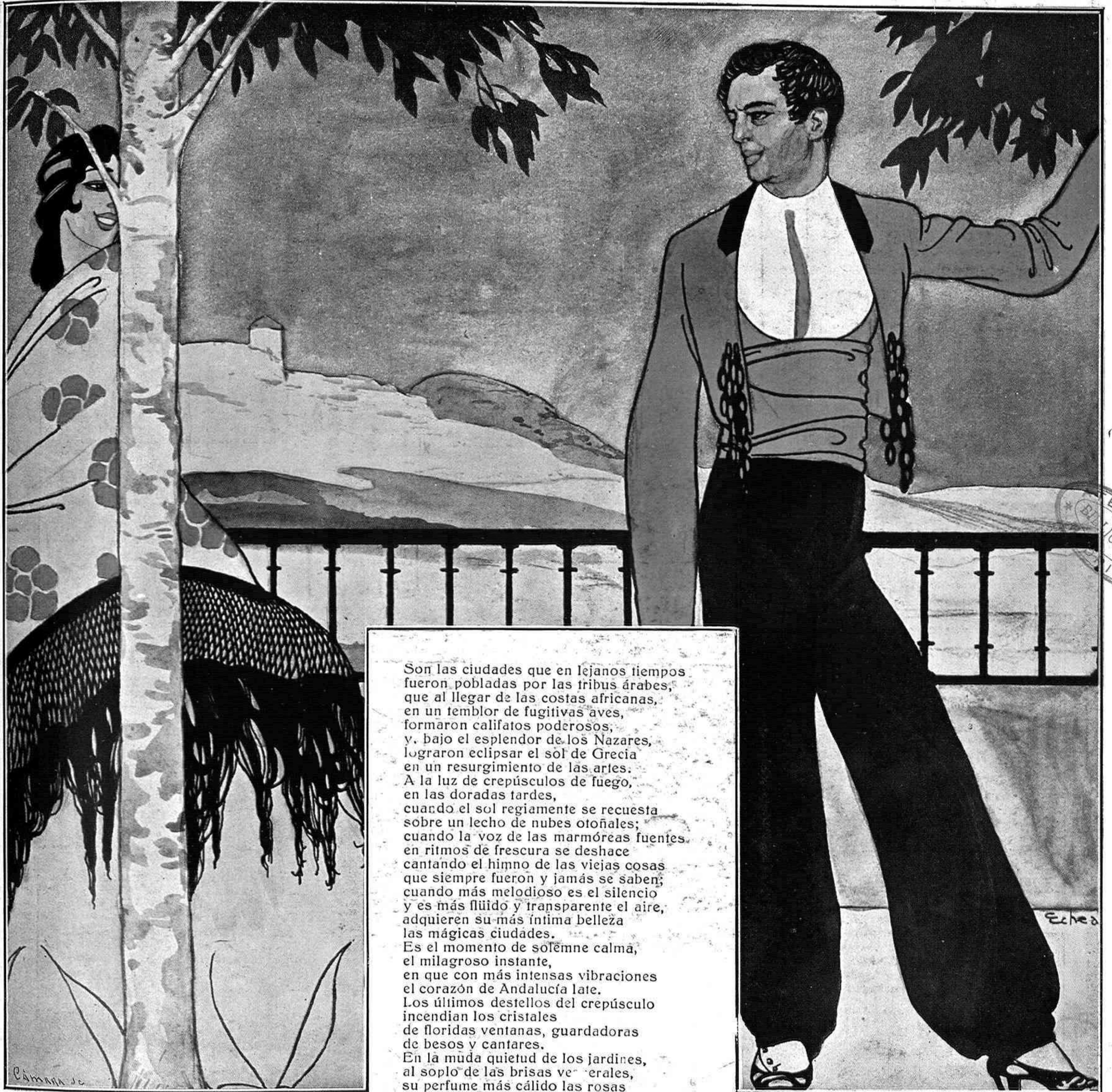


"Autorretrato", cuadro de Lucio Ortiz Urbina



"Los intelectuales de mi pueblo", cuadro de Ramón de Zubiaurre

SOLAR ANDALUZ



Son las ciudades que en lejanos tiempos
fueron pobladas por las tribus árabes,
que al llegar de las costas africanas,
en un temblor de fugitivas aves,
formaron califatos poderosos,
y, bajo el esplendor de los Nazares,
lograron eclipsar el sol de Grecia
en un resurgimiento de las artes.
A la luz de crepúsculos de fuego,
en las doradas tardes,
cuando el sol regimiento se recuesta
sobre un lecho de nubes otoñales;
cuando la voz de las marmóreas fuentes
en ritmos de frescura se deshace
cantando el himno de las viejas cosas
que siempre fueron y jamás se saben;
cuando más melodioso es el silencio
y es más fluido y transparente el aire,
adquieren su más íntima belleza
las mágicas ciudades.

Es el momento de solenne calma,
el milagroso instante,
en que con más intensas vibraciones
el corazón de Andalucía late.
Los últimos destellos del crepúsculo
incendian los cristales
de floridas ventanas, guardadoras
de besos y cantares.
En la muda quietud de los jardines,
al soplo de las brisas vesperales,
su perfume más cálido las rosas
vierten al deshojarse;
fosforecen pupilas en las sombras
como vivos volcanes,
y, trémula, rasgando de improviso
la majestad en que la noche nace,
suspira una guitarra preludiando,
en líricos arpeggios anhelantes,
las coplas enigmáticas que lloran
las trágicas tristezas populares.
Es un aroma de dolor sonoro,
es un latido de pasión fragante,
que surge en un sollozo de armonía,
palpita y gime en desolados ayes
y crece, se diluye y se transforma
en grito de amargura indescifrable,
sinfónica expresión de todo un pueblo
de negros fatalismos pasionales.
Con un anhelo de vital tristeza
vibra la copla en la desierta calle
y al eco evocador de sus estrofas
parece que despiertan las ciudades.

Como un puñal entre las sombras fulge
la acerada cadencia de la frase,
que á veces llora lágrimas de fuego
y á veces ruga con furor salvaje.
Poco á poco la copla se diluye,
como un perfume que arrebató el aire,
y muere entre sollozos de amargura
con un temblor de luz agonizante.
Y al expirar sus últimos suspiros
vuelve el silencio y la quietud renace,
en tanto que en las sombras de la noche
se esfuman los paisajes,
y, al palor de la luna, que deshoja
lentamente sus tenues azahares,
sobre un lecho de nardos y jazmines
se duermen las ciudades.

ALBERTO A. CIENFUEGOS

DIBUJO DE ECHEA

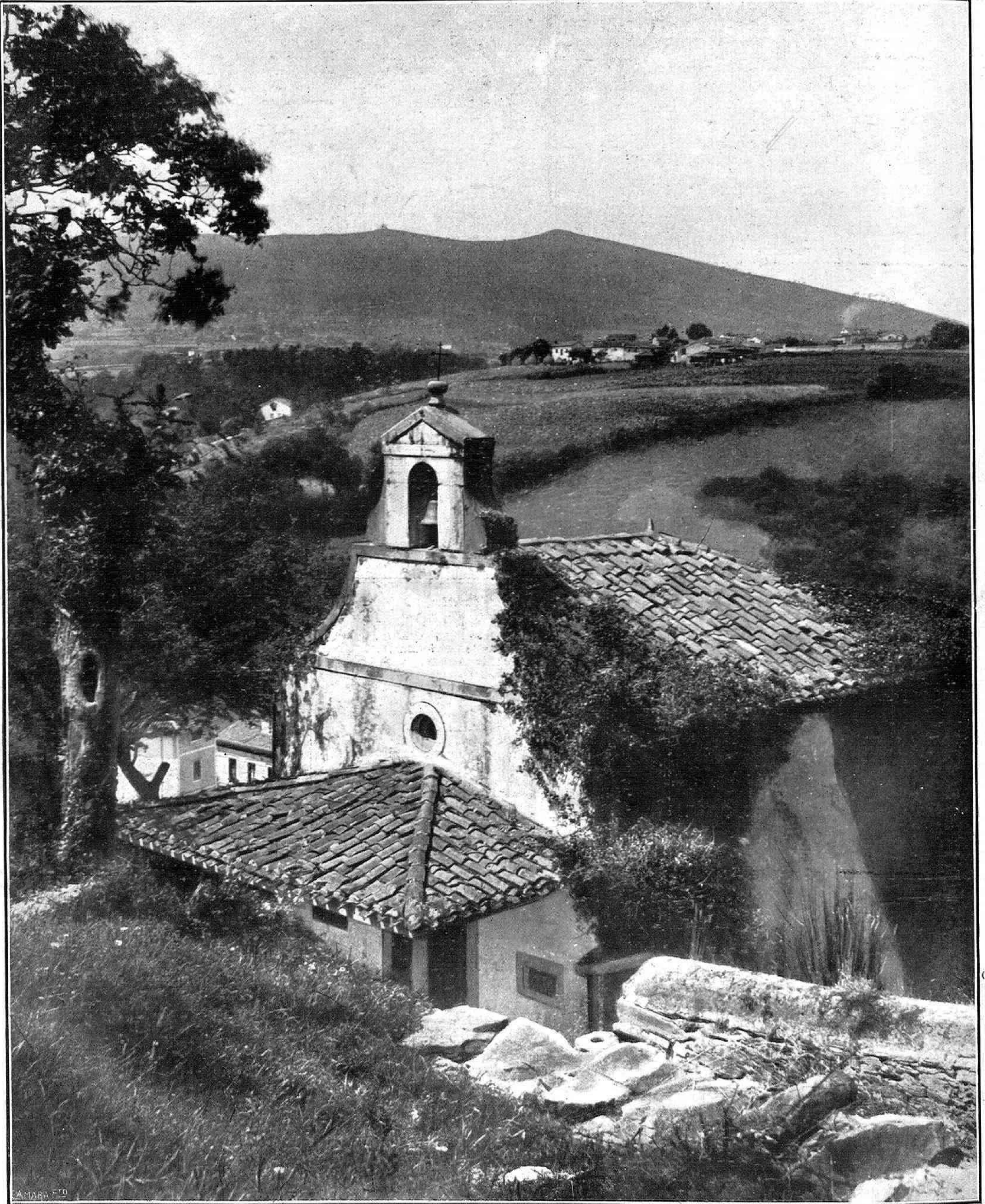
¡Tierra, tierra de sol, Andalucía...!

Suspiran los cantares
y se cubren de flores
los rosales.

Bajo la azul serenidad del cielo,
entre el móvil verdor de los paisajes,
blancas, como magnolias encantadas,
florecen las ciudades.

Románticas ciudades que reposan
en el silencio de los hondos valles,
entre vertientes de rocosas sierras,
quietas y altivas como majestades.
Ciudades circundadas de misterio,
de fértiles llanuras y de adarves,
de ríos que se arrastran pecciosos
copiando en sus cristales,
palacios medio ocultos por las hiedras,
melancólicos cármes,
vestigios de moriscos torreones
y ojivas de cristianas catedrales.

ESPAÑA PINTORESCA



ERMITA EN EL CAMINO DE PRAVIA (ASTURIAS)

FOT. MUÑOZ BAENA

Si en España hubiera más cariño á lo nuestro, á lo «de casa», y no padeciéramos tan desmedida afición á lo de fuera, Asturias sería conocida palmo á palmo y amada su tierra como merece su belleza. El paisaje asturiano, con su dulce melancolía, es un sedante para el espíritu. En todos los rincones, en los abruptos montes y en las hondas cañadas, se gozan sensaciones de calma y de paz, que han recogido en sus cantos las musas populares.

COMPARSAS

CON PACIENCIA Y UNA CAÑA...

SE conoce en la Zoología moral bicho más repugnante que el Hastío? De las mil formas, apariencias y perfiles que puede adoptar y adopta la Muerte, ¿existe alguna más espantable que la del Tedio? ¡Fenecer poco a poco, gota á gota, minuto á minuto, sin convulsiones, sin espasmos, sin la teatralidad que supone el campo de batalla, la catástrofe, la junta de médicos!... Ir acabándose gradualmente, sigilosamente, adherido al árbol robusto de la vida universal, como un fruto podrido por exceso de madurez... Ser picoteado cada hora; desangrarse, si vale la palabra, moralmente, preso en la tela de esa araña monstruosa que se llama aburrimiento... Sonreír agonizando; padecer dolores horribles, ninguno de los cuales quiere localizarse; ser víctima de todas las dolencias psíquicas y no poder alegar, en concreto, una sola; tener el alma maltrata, llagada, purulenta y convalecer mientras se va arrancando todos los días al almanaque un trozo de eternidad...

ooo

Por miedo de fallecer de Hastío, Don Marcial se hizo, una tarde, pescador de caña.

Esto puede parecer una paradoja, y, sin embargo, no lo es. Don Marcial se aburría, aunque estaba casado; aunque ya no le quedaba en la vida otra misión que la de esperar; aunque tenía, económicamente, asegurado el porvenir.

Don Marcial era un ciudadano sin tacha que durante muchos años sirvió á su patria como soldado, exponiendo muy á menudo—¡ahí es nada!—la vida. Varias veces se vió á punto de

perderla; pero en los campos de batalla hay balas insidiosas y balas distraídas, y estos proyectiles piadosos le dejaron siempre en paz.

Y eso que en toda circunstancia ocupó los puestos de más peligro. La gloria, olorosa á pólvora, le embriagaba. Quiso eternizarse, sucumbiendo. La Providencia no lo consintió. Y, después de tantos años de ajeteo, rebuscando el laurel entre las heladas vestiduras de la Pálida, el Estado le recompensó debidamente concediéndole el retiro, y con el retiro la pensión, y con la pensión la agonía lenta, inacabable é inquisitorial...

Sí, señores; porque el aguerrido soldado vivió muy á gusto los años primeros de su vejez, tan tranquila, con la mujer, un perro y un libro; pero, después, esta tranquilidad, este dulce sesteo, esta inacción, comenzaron á abrumarle. La felicidad—la relativa felicidad humana—es un buen ángel que se sienta junto á muchos seres, y, con paciencia infinita, les va enseñando á bostezar.

ooo

Todos los días don Marcial iba—y sigue yendo—de Febrero á Octubre, á la Casa de Campo.

El lago de esta posesión regia goza de merecido renombre como criadero de barbos, panzones y carpas. Algunos de estos sabrosos peces

llegan á pesar hasta la arroba y media. Y para un apacible pescador de caña, apenar con un pez tan voluminoso, digno de las aguas más enrespadas, constituye un suceso acreedor á los comentarios, loas y ditirambos de un batallón de pescadores que se dedicara á charlar durante un año bisiesto, con sus noches.

En la Casa de Campo, don Marcial, por su asiduidad, su paciencia y su historia, trabó cordiales relaciones con otros Marciales.

Todos ellos eran excelentes ciudadanos, pequeños rentistas unos, empleados jubilados otros, militares en retiro los más. Había que verlos á prudente distancia éste de aquél, á la orilla del lago, caña en mano, silenciosos, meditativos bajo el sombrerón de paja, inmóviles y risueños, igual que un coro de ángeles disfrazados de americana.

requieren condiciones de cierta superioridad. El sanguíneo, el impaciente, el bilioso, no podrían, en principio, requerir con fruto los trebejos piscatorios. Y he aquí una de las más sublimes cualidades del lago: la de educar moralmente á sus adeptos, infiltrándoles, por lo menos, una cantidad de resignación que sólo podrían adquirir leyendo *El libro de Job ó La imitación de Cristo*, del venerable Tomás de Kempis.

En este sentido, la pedagogía del lago es tan evidente como plausible. Todo un curso de filosofía sobrenada entre sus festoneadas márgenes. El lago enseña á sus fervorosos á esperar. Y este es el secreto de la vida. Con paciencia y una caña, el hombre que haya renunciado á otras cosas más deleznables de la vida, logrará barbos sustanciosos, algunos hasta de cuatro libras...

¡Ah, la exquisita voluptuosidad de recluirse en casa, á fin de preparar el cebo que ha de perder á los incautos peces! Es preciso ser un fanático de la caña para comprender lo que supone la selección de la patata, del garbanzo, de la pipa del melón y del gusano, que los animalitos de agua dulce engullen ávidamente sin sospechar la alevosía del anzuelo. Hay que ser un hombre grande para sospechar el encanto de la piscicultura y no burlarse idiotamente de esos ejemplares ciudadanos, tan humildes y tan calladitos, que hallan un trono donde los demás no vemos más que una silla de tijera.

ooo

Y, sobre todo, conviene verlos en el «desempeño de

Allá á lo lejos, croaban los verdosos y panzudos batracios, encantados de vivir entre juncos, sin prensa, sin leyes y sin anzuelos. Las aguas del lago cabrilleaban tersas. En ellas se hundía serenamente la desmelenada rama del sauce, y reflejábanse la placidez—poblada de trinos y gorjeos—de la restante fronda.

Quietud amable tenía el paisaje. Todo invitaba al éxtasis más gozoso. La libélula, indecisa y sibarita, volaba de una planta acuática á otra con sosiego ejemplar, como recomendando á los sesudos pescadores que no se impacientaran, recordándoles que si aquella tarde el sol estaba declinando, y la pesca era escasa, otras tardes, otros soles y otras carpas les aguardaban presas en la entraña inmensa de lo porvenir. Y las nubes estrechas y finas, ó redondas y algodonosas, iban, de paso, dorándose, enrojeciendo, azuleando, y la sombra se difundía por la superficie del lago, como un tapete sutil, y todo era magia crepuscular, y fresca deliciosa, y reposo saludable, y aire analéptico y santo júbilo, sin estridencias, de haber nacido...

ooo

Téngase en cuenta, también, que no todo el mundo puede ser pescador de caña. Para ello se

su vocación». Debían organizarse excursiones á la Casa de Campo, ó á ciertas curvas del Jarama, ó á determinados rinconcitos del Tajo, para que el espectáculo de esta hilera de pescadores de caña produjese el apetecido resultado.

Inmóviles, atentos, sin fisiología, sin reloj, sin familia, sabia prolongación de una caña, el mundo todo, las garrulerías y los resuellos, las hecatombes y los partos de la ciencia, el mar y las estrellas, no les seducen ni les interesan.

Abstraídos, vigilan; ensimismados, piensan. ¿En qué cosas tan dulces meditarán los pescadores de agua dulce? ¿No seremos, los profanos del deporte, unos infelices? ¿No enternecen verlos extáticos, satisfechos, avizores, aguardando el fausto acontecimiento de que, de pronto, el anzuelo se hunda, y la caña se combe, y salté luego, centelleante, relampagueante, un pececillo furioso? Esos, esos probos jubilados, esos militares que rondaron la gloria, esos viejecitos encorvados bajo el sombrero de paja, guardianes de la caña de pescar, son los que luego, á la diestra de Dios padre, tañerán sin cansancio ni tibieza, el violín...

E. RAMIREZ ANGEL

DIBUJO DE TITO



BIENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

DE NORTE A SUR

Otra vez la nieve

Imaginamos en un deseo casi angustioso, que señalaría este nuevo invierno el final de la guerra. No con el egoísmo de los burgueses que, alejados de ella, dibujó Forain lamentándose que continuara aún, sino por una piedad íntima, turbadora, inquietante, que creímos nos hubiera insensibilizado y que, por el contrario, nos agudizó la sensibilidad hasta un punto de insufrible dolor.

¿Recordáis los vaticinios primeros, aquel estupear de los días estivales de 1914, en que tuvo la Humanidad el ademán de taparse los ojos ante el enorme abismo que la tierra le abría? Se dijo entonces que el choque apocalíptico de razas y

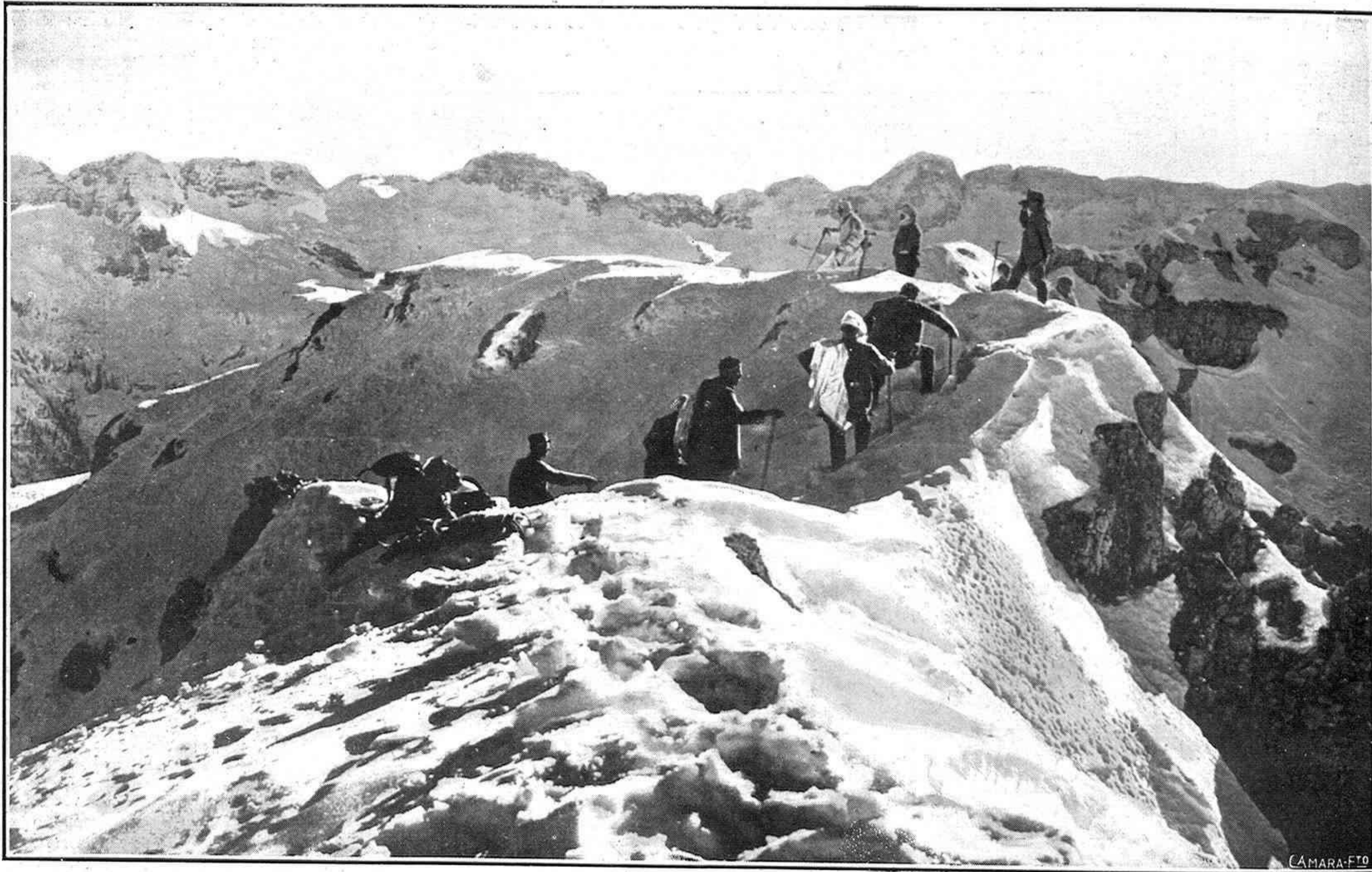
nos estremecen ni escalofrían, después de leer los partes oficiales y lacónicos ó los relatos de los folletos propagandistas. Incluso no nos atrevemos á leer las crónicas de guerra que escriben algunos literatos porque aun en ellas suenan choques de fémures y tibias y se aspira olor á cadaverina...

Entonces los alejados de la lucha empezaron á señalar plazos: «Para la primavera, para el verano, para el otoño, para el invierno.» Los que tienen hogar y amor y quietud, los que pueden cruzar el campo en busca de un deleite y no bajo la amenaza de un peligro, decían que ya la resistencia heroica de los beligerantes había llegado á su límite. No podían esos hombres, hundidos en la tierra, soportar el tercer invierno...

pados los dedos sobre un fusil y dilatadas las niñetas por una visión de odio.

¡Otra vez la nieve! Imaginamos que esta de 1916 fuera el postrero sudario. Bajo ella los campos de batalla enmudecerían, los muertos descansarían para siempre, sin peligro de que un obús ó una granada les desentierre á medio podrir y á medio mondar, como ahora sucede. Invadiría las trincheras abandonadas y las raíces de los árboles desmochados, desgajados, por la cólera homicida; recogerían, agradecidas, la humedad que la tierra filtraría poco á poco...

Pero esta vez, como en aquella famosa caricatura de John Leech, el *General Invierno*, nos ha hecho traición.



Exploradores austriacos atravesando los Alpes tiroleses para buscar el tránsito de las tropas al teatro de la guerra

naciones sería tan terrible como breve. Instantánea la explosión é instantáneo el vuelo de la paloma simbólica.

Se pensaba entonces con una experiencia pretérita, no coetánea, ó mejor dicho, anticipada. Se creía, después de cuarenta años de bélicas preparaciones, que sería este encuentro de pueblos una fogarada alta, ancha, capaz de nublar los cielos y devastar campos sin respeto de fronteras y fronteras; capaz de abrasar miles y millones de hombres: pero rápida y sin continuidad. El mismo espanto presuponía la imposibilidad metafísica de la perduración...

Y poco á poco fué el mundo acostumbrándose al horror cotidiano. Cambiaron, paralelos á los procedimientos, los vaticinios. Los nuevos sistemas mortíferos dieron lugar á inéditos juicios. A un frente de batalla tan extenso que ningún siglo lo conoció igual, las fábricas de municiones y los cerebros de los inventores preñados por el diablo, abastecen incansables.

Ya los versículos bíblicos del profeta Juan no

Y, sin embargo, otra vez la nieve empieza á caer sobre los soldados que tiritan de frío, de hambre y acaso de miedo. ¿Son los mismos del invierno de 1914, del invierno de 1915?

¡Ay! No. Acaso quedarán unos cuantos millares que en esta cosecha de millones humanos con que la Muerte llena sus graneros, nada significan.

Los otros yacen en el fondo de los mares, en las entrañas removidas de la tierra, llenan los hospitales de sangre, avanzan á tientas en un desfile trágico y silencioso, interminable, de ciegos, ó se extinguen lentamente en sus casas, enfermos de dolencias incurables é inútiles por los miembros que se llevaron balas enemigas ó bisturís de cirujanos militares.

Estos soldados que ahora ven llegar el invierno como un combatiente más, son los más jóvenes de cada nación. Estaban destinados á cantar en los vernaes días con una rama florida en las manos y una visión de amor en las pupilas. A cambio de esto, vedlos castañeteando sus dientes, cris-

Fué durante la guerra de Crimea. El zar Nicolás, ante los primeros descalabros rusos, exclamó.

—¡Paciencia! Todavía no han llegado los dos grandes generales de Rusia: Enero y Febrero.

Y cuando llegó el mes de Febrero, sin que la guerra terminara, murió el Zar. Entonces, el día 10 de Febrero de 1855, publicó el *Punch* de Londres la terrible caricatura de John Leech.

Un esqueleto vestido de general ruso entra con una ráfaga de nieve en la cámara mortuoria del Emperador, separa las cortinas del lecho y coloca su descarnada mano derecha sobre el cadáver de Nicolás. Junto á la mano, el caricaturista escribió estas palabras: *General Fevrier turned traitor*.

Así á nosotros, los que confiamos en el invierno como en el general que diera la batalla decisiva, nos ha traicionado nuestra esperanza...

JOSÉ FRANCES